

EDICIÓN DE TONY JIM E IVÁN GUEVARA * SELECCIÓN

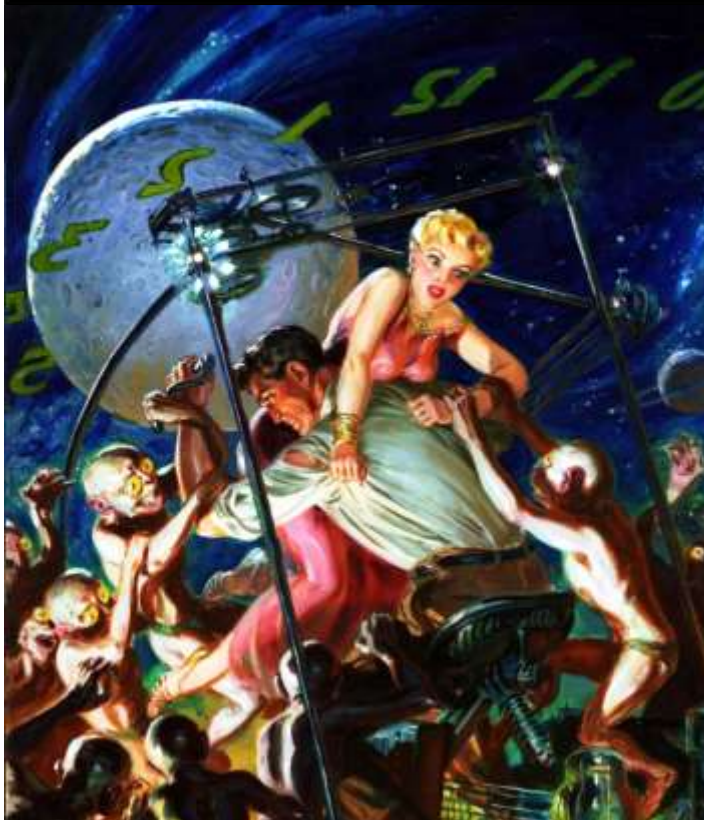
ANTOLOGÍA

PANDORUM

CIENCIA
FICCIÓN

2

ESPECIAL VIAJES EN EL TIEMPO



PANDORUM 2

**EDICIÓN ESPECIAL
VIAJES EN EL TIEMPO**

CIENCIA
FICCIÓN

PANDORUM 2

EDICIÓN ESPECIAL
VIAJES EN EL TIEMPO

Selección: TONY JIM
Edición: IVÁN GUEVARA

Primera edición: junio de 2022

Printed in Spain

Depósito legal, en trámite

Derechos reservados. Todos los relatos son propiedad de sus respectivos autores. La versión digital de este libro se podrá descargar gratuitamente en Lektu.com

Pandorum 2 - Especial viajes en el tiempo

Selección de relatos: Tony Jim

Corrección y textos adicionales: Iván Guevara

Diseño y maquetación: Juan Pedro Pablo de la Mar

Diseño página 123: gentileza de Alberto López Aroca

Ilustración de portada: Norman Saunders (*Famous Fantastic Mysteries*, agosto de 1950, *public domain*).

Contacto: pandorum.cf@gmail.com

Tony Jim: tonyjim.com

Iván Guevara: ivanguetaralibros.blogspot.com

Grupo FB: facebook.com/groups/Genteovejuna.Pulp.CF

CONTENIDO

<i>Ayer, hoy era mañana</i>	7
<i>El hombre de bronce</i> , por Tony Jim	9
<i>Cuentos de la Máquina del Tiempo</i> , por Blanca Mart	27
<i>Siempre contigo</i> , por Ismael Rodríguez Laguna	33
<i>El viaje de Anuk a la creación de su mundo</i> , por Mario Martínez Arrabal	47
<i>Lo que sucedió realmente</i> , por Aldana Vargas	57
<i>Batalla por la supervivencia de la especie</i> , por José Antonio Sánchez	67
<i>Mi propia leyenda, viajero sin tiempo</i> , por Julián Sánchez Caramazana	73
<i>Eva</i> , por Juan Carlos Fernández	83
<i>El secreto mejor guardado</i> , por Claudio Díaz	95
<i>No te cases con la madre de tus hijos</i> , por Iván Guevara	107

AYER, HOY ERA MAÑANA

Uno de los slogans o «ganchos publicitarios» que hemos utilizado para comunicarles a ustedes el lanzamiento de esta colección decía que hay mucho futuro en el pasado. Esa idea es la que mejor define la forma de entender la ciencia ficción que tenemos quienes hacemos Pandorum. Somos herederos de un futuro que ya ha sido superado, aunque sin llegar a realizarse. Entiendan, entonces, que más que la nostalgia por aquello que ya no es, nos mueve el desconuelo de haber perdido todo un mundo que no alcanzó a existir y, para colmo, tampoco ha sido reemplazado por nada. Solo densas y amenazadoras nubes de tormenta se ciernen sobre nuestras cabezas. El futuro ha quedado en el pasado y desde el pasado lo contemplamos, soplando esa brasa con aires de esperanza hasta lograr encenderla nuevamente.

Teniendo en cuenta esta visión de lo que la ciencia ficción es —o creemos que debería ser—, a nadie extrañará que el tema elegido para nuestra primera edición especial haya sido el de los viajes en el tiempo. Personalmente, es la variante de la CF que más me atrae y muchas de mis novelas y películas favoritas —como Puerta al verano, de Robert Heinlein o 12 Monos, de Terry Gilliam, por citar dos títulos de los menos obvios—, pertenecen a este sub-

género. Pero es que incluso he llegado a disfrutar como un enano con obras más bien menores —como En algún lugar del tiempo, de Richard Matheson— solo porque iban sobre un viajero temporal. En este punto estoy obligado a darle la razón a Paco Fox, el erudito catedrático de Algeciras, que fue el primero en demostrar empíricamente que cualquier historia —por anodina que sea— llega a molar hasta un 23% más si se introduce en ella algún viaje en el tiempo.

Confieso, entonces, que este libro que tienen ustedes entre las manos es un gusto personal que me estoy dando y que el resultado final supera en mucho la idea con que comenzamos su producción. En esta antología se dan cita, además, dos de mis autores favoritos, dos cuyas carreras profesionales envidio en secreto y tres de mis mejores amigos y compañeros de fechorías.

Espero que las historias que componen este tomo logren conmover al lector al menos una fracción de lo que me han conmovido a mí. Más no, porque eso es imposible.

Pero no han comprado ustedes este libro para leer los prolegómenos de un diletante, así que pronunciaré mi saludo de despedida, aunque mucho me temo que solo de manera parcial. Regresaré para seguir dando la chapa en la presentación de cada relato.

¡Nos vemos en el futuro!

Iván Guevara

EL HOMBRE DE BRONCE

Tony Jim

Muchos de ustedes conocerán a Tony Jim por ser uno de los engranajes que mantiene en funcionamiento la máquina de Pandorum y, sobre todo, por los cientos de relatos que ha escrito narrando las delirantes aventuras del Piloto Jim y recopilados en más de diez volúmenes.

La mayoría de las historias de Jim son de lectura independiente, pero a veces utiliza algún hilo conductor en sus libros para unir los diferentes episodios narrados. En este caso, encontramos al piloto inconsciente en un mundo desconocido, luego de que el señor L'Ok —su «enemigo del alma»— le disparara con una pistola. A partir de ese momento, comienza una nueva aventura.

Me desperté tumbado en el césped. Extrañamente, recordaba cómo había llegado ahí... Bueno, más bien me acordaba de qué estaba haciendo antes de perder la consciencia: L'Ok me estaba disparando. Lo cierto es que el muchacho tenía la mala costumbre de acabar disparándome cada vez que nos veíamos. Cuando volviera a toparme con él tendría que comentárselo... Sí, a pesar de que me disparara siempre, me caía bien el chaval y pensé que me gustaría encontrármelo de nuevo.

Bueno, no creía estar muerto después del disparo. Si así fuera, ¿era aquello acaso el paraíso? Lo que me hizo pensar en ver dónde leches estaba exactamente. Me erguí un poco sobre los codos y miré en rededor. Parecía estar en un parque. Quizás sea algo complicado de explicar a alguien del siglo XXIV. Había algún árbol ocasional, un caminito de tierra y unos bancos de esos de sentarse, no de los del dinero. Bueno, tampoco me queda claro si en el siglo XXIV se conocerá el concepto de banco... Yo, como soy geminiano, esas cosas las tengo claras más o menos...

Me levanté y me puse a andar por el camino de tierra que bordeaba la zona con césped donde había despertado. A lo lejos vi a un hombre haciendo *footing* que se acercaba de frente hacia mí... Bueno, si no conocen el concepto de *footing*, piensen en un runner o en alguien haciendo deporte, corriendo rítmicamente o andando deprisa. Cuando

el hombre estuvo a cierta distancia de mí se percató de mi presencia, lo que hizo que le cambiara el semblante y se le pusiera cara de espanto. Seguidamente, giró y se puso a correr a mayor velocidad de la que iba, esta vez alejándose de mí.

Como es lógico, me quedé un tanto sorprendido y volví a mi teoría inicial. A ver si yo iba a estar muerto y aquel hombre me había visto como una aparición espectral o algo así...

En cualquier caso, ahí parado no lo iba a averiguar, por lo que decidí seguir por el camino. Al poco rato vi a una muchacha que iba paseando un perro. Lo que es un perro lo tenemos claro, ¿no? Por lo que sé aún no se han extinguido, aunque se ven pocos (y menos en una nave estelar, claro).

Cuando la muchacha del perro me vio acercarme a ella paró en seco, también con cara de espanto. El perro en cambio pareció enfurecerse y empezó a tirar de la correa hacia a mí. La muchacha no pudo aguantar más los furiosos tirones y acabó soltando la correa, lo que hizo que el perro saliera lanzado hacia a mí sin parar de ladrar... Yo, que había permanecido quieto mirando lo que ocurría, en aquel momento me giré y me puse a correr en dirección contraria.

Llevaba un rato corriendo a lo loco, me había internado de nuevo en la zona del césped y decidí girarme para ver por dónde andaba el perro... Con tanta mala suerte que al girarme no vi que tenía delante un obstáculo metálico con el que acabé golpeándome y cayendo al suelo... Mientras me retorecía de dolor en el suelo escuché cómo la muchacha hablaba con el perro y entendí que lo había alcanzado y se

lo llevaba a rastras nuevamente de la correa.

Después de un rato de aguantar el dolor miré qué tenía en frente, a ver si era una farola o algo así, pues al golpear-me con aquello había sonado a algo metálico. Ahora no me pararé a explicar qué es una farola... Bueno, o sí, no es exactamente, pero digamos que es como una linterna alargada clavada en el suelo... Volviendo a la cosa metálica aquella, pues no, no era una farola. Era una figura humanoide de un metal oscuro. Como estaba bien parada y parecía bastante robusta, descarté que fuera un robot. Por mi gran conocimiento en el campo de los parques (valga la redundancia) enseguida comprendí que se trataba de una estatua de esas de bronce que solían poner en los parques, precisamente... Y el caso es que la figura me resultaba bastante familiar... Anda, pero si era yo. Se trataba de una estatua de mi persona. Un poco más grande que el original, lo cual no era difícil, aunque tenía una pose algo encorvada y con los brazos extendidos como si fuera a lanzarse a la pelea. Miré delante de la estatua por si había alguna plaquita que explicara un poco, pero no encontré ningún indicativo de qué representaba o qué había motivado la realización de dicha escultura.

¿Qué significaba? Normalmente se hacen estatuas a gente que ha hecho grandes cosas... Vale, de acuerdo, ese es mi caso, pero no recordaba haber estado antes en ese planeta... O al menos en ese parque... Está claro que mi fama me precede. También recordé que una vez estuve en un planeta fundado por un fan mío donde todos los habitantes eran como yo, literalmente... Claro, ese no era el caso, la gente que había visto era distinta a mí. Humanos, pero diferentes a mí... ¿Estaría aquel planeta habitado por

otro de mis fans? Ahí plantado no lo iba a averiguar, eso estaba claro.

Normalmente los parques están en ciudades, así que tenía que dirigirme al núcleo urbano para ver si allí hallaba más pistas de por qué tenían ahí una estatua mía... Y ya de paso, a ver si averiguaba dónde me encontraba exactamente.

Así, en pocos pasos salí del parque para encontrarme una típica ciudad del siglo XXI terráqueo, con sus calles, aceras, semáforos, portales, tiendas, etc. No sabía muy bien qué calle tomar cuando vi que se acercaba un grupo de gente con antorchas, lo que no me pareció una imagen muy alentadora, por lo que me dirigí presuroso en dirección contraria a ellos, pues por lo visto venían hacia mí, hacia la entrada del parque.

Al poco rato, oí lo siguiente:

—Pst, pst, señor Jim, por aquí.

Giré la mirada hacia la persona que me llamaba. Se trataba de un señor con una especie de hábito de monje que estaba oculto en un oscuro portal. No sé muy bien por qué, pero no lo vi tan amenazante como la turba con antorchas, así que fui hacia él y entré en el portal.

—Señor Jim, no se preocupe, aquí estará a salvo.

—Pero... ¿me conoce?

—¿Cómo no lo voy a conocer?, usted es el señor Jim...

—En efecto. Pero ¿de qué me conoce?

—Pues de sus hazañas legendarias...

—Ah, ¿sí? Digo... ¡Ah, sí! Eso es lógico sí, mis hazañas... legendarias. ¡Para no conocerlas!

—En efecto, todos hemos aprendido sus grandes gestas.

—¿Aprendido?

—Sí, en el colegio y demás.

—En el colegio, vaya... ¿Y cómo es que tienen una estatua mía en el parque? Una muy bonita, por cierto, de bronce.

—Bueno, ya sabe... Es usted un héroe legendario, hay estatuas tuyas no solo en los parques...

—¿Ah sí?

—Sí, claro. Pero esto es muy raro, ¿no recuerda usted sus grandes gestas?

—Bueno, alguna... Ya sabe, no todas, por aquello de la amnesia selectiva... la amnesia selectiva que padezco.

—¿Amnesia selectiva? ¿Qué es eso?

—Bueno, no dice usted que es un experto en mi persona...

—En efecto, por supuesto, es más, en concreto soy el líder supremo de la Tercera Iglesia Jiminiana.

—Pues para ser usted el líder supremo de... bueno, de esa tercera iglesia que dice usted...

—La Tercera Iglesia Jiminiana. Es más, llevo estudiando su vida y milagros desde que tengo memoria y le puedo asegurar que, en ningún sitio, ni siquiera en las Santas Escrituras Jiminianas, se menciona que usted tuviera esa amnesia que dice. Ni de pasada, vamos.

—Pues la tenía y la tengo. O sea... que yo recuerde.

—Es bastante extraño que no se hablara de ello en ningún texto sagrado. A ver si va a ser usted un impostor. Veamos, déjeme que le estire de la cara...

—¿Estirarme la cara? ¡Qué se ha pensado!...

Pero el señor aquel no me hizo mucho caso, me agarró la cara con sus manos y empezó a tirar hasta que, al poco tiempo, se cansó de ello.

—Pues no, no lleva usted ninguna máscara. Es extraño ya que tiene la apariencia del señor Jim, pero en cambio no sabe nada de él ni parece conocer nuestra cultura ni mundo ni nada.

—Le puedo asegurar que yo soy yo. Y mis circunstancias, claro... Pero, vamos, que no tengo ninguna duda de que soy el legendario piloto Jim.

—Si que parece usted bastante más viejo y desmejorado en comparación a las representaciones que hay de su persona en los textos, estatuas y demás.

—Oiga, un respeto...

—Aunque es lógico que, al haber pasado más de quinientos años de sus hazañas, esté usted algo más mayor.

—¿Cómo?, ¿quinientos años?

—Ah, ¿que eso tampoco lo recuerda?... Usted era un ciudadano de nuestro mundo que vivió hace unos quinientos años y se hizo mundialmente conocido por sus grandes hazañas, siempre ayudando a los demás y haciendo grandes obras. Por eso gran parte de la población lo venera y lo recuerda con cariño como lo que fue, un gran héroe.

—Madre del amor hermoso....

—En efecto, esta ciudad se llama así en honor a usted, que solía utilizar esa expresión.

—Ah, pues ni idea, yo lo decía como expresión, en efecto, más bien de sorpresa...

—Mire, me sabe mal, pero he llegado a la conclusión de que he de matarle.

—Oiga, ¿qué se ha pensado? Y me lo dice así, tan tranquilo...

—Tengo que hacerlo. Puede que usted sea un impos-

tor, todo apunta a que es así. Y no sé por qué extraño motivo quiere hacerse pasar por el bueno de Jim, pero seguro que no es para algo bueno. Ya me llegaron noticias de su extraño comportamiento en el parque, mirando alelado una estatua suya que había golpeado instantes antes...

—Está usted muy equivocado... Bueno, en casi todo. En lo de que soy un gran héroe, no. En todo lo demás, sí. Piense que si se equivoca... ¿No dicen sus escrituras sagradas que un buen día el señor Jim resucitará?

—Pues no, no se dice en ningún lado. Y, como le dije antes, soy experto en el tema. En cualquier caso, si no puedo matarle y es usted inmortal, quedará claro que es el legendario señor Jim —dijo aquel hombre sacando de entre sus hábitos un enorme cuchillo.

Yo en aquel momento recordé las enseñanzas del mítico capitán Kirk, en concreto aquello de «mira a tu alrededor por si hay algo que puedas usar como arma», pero no localicé nada potencialmente letal. Estaba en un portal como los de la Tierra en el siglo XXI. Había unos buzones y un espejo en el cual me vi reflejado, lo que me sorprendió. No por qué yo fuera un vampiro y no esperara que el espejo mostrase el reflejo de mi rostro, sino porque en una nave estelar no suele haber muchos espejos, quizás en algún lavabo y poco más. El caso es que, movido por la sorpresa de verme en el espejo, exclamé:

—Anda, pero si estoy ahí.

El hombre aquel del cuchillo tampoco esperaba mi reacción y se giró levemente para ver qué señalaba mi mirada, hecho que aproveché para darle un fuerte empujón y salir corriendo del portal.

Me alejé varias calles de aquel letal portal y finalmente,

resollando, me paré a coger aire y comprobar que no me seguía nadie.

Era ya entrada la noche y a pesar de que las calles tenían farolas, es decir que había elementos de iluminación artificial, no parecían funcionar y estaba bastante oscuro.

Aquel extraño mundo se parecía mucho a la Tierra de los siglos XX y XXI, por lo que pensé que seguramente encontraría más información de ese mundo en alguna biblioteca. Claro que a esas horas estaría cerrada. Así que me dispuse a pasar la noche. Después del susto, evidentemente, descarté lo de dormir en un portal y regresé al parque que, como sospechaba, a esas horas estaba también totalmente desierto. La temperatura era agradable, así que no me pareció mala idea dormir a la intemperie, resguardado un poco por un gran árbol, en todo caso.

Los rayos del sol me despertaron por la mañana. Bebí un poco de agua de una fuente cercana a modo de frugal desayuno y me puse en marcha. Lo de buscar una biblioteca para informarme de ese mundo, me seguía pareciendo buena idea, aunque no tenía muy claro cómo localizar una biblioteca en aquella extraña ciudad. Y lo de buscar una biblioteca para informarme de dónde encontrar una biblioteca me parecía un tanto absurdo, podría ser algo típico mío, algo propio del piloto Jim, pero no dejaba de tener escaso sentido.

En aquel momento vi que un niño con gorra y mochila a sus espaldas pasaba cerca del parque. Pensé que podía seguirlo por si coincidía que iba a la biblioteca, aunque enseguida lo descarté, pues me figuré que iría al colegio, tan temprano. También podía ser que no fuera buen estudiante y, por tanto, que no estuviese yendo al colegio ni a

la biblioteca... Así que, finalmente, opté por acercarme a él para preguntarle dónde había una biblioteca.

El niño parecía bien educado y, amablemente, me comentó que por suerte había una cerca, aunque le extrañó que no la conociera. Le aclaré que yo no era de la ciudad.

También pareció extrañarse por mi cara, dijo que le sonaba mucho, lo que me hizo caer en la cuenta de que, por lo visto, en aquel planeta yo era una especie de figura legendaria. Mejor debería procurar pasar desapercibido. Entonces pensé que la gorra del niño aquel me vendría bien para disimular un poco mi aspecto. Claro, lo ideal sería comprársela, pero no portaba dinero alguno, no sabía ni qué moneda usarían. Así que, nuevamente movido por un acto impulsivo, agarré la gorra del chaval por la visera y salí corriendo. A él debió sorprenderle que un señor mayor le robara la gorra, pues no salió corriendo detrás de mí. Por suerte. Dada su juventud y mi escasa forma física, me hubiera alcanzado enseguida.

Así, me calé la gorra hasta las orejas y, con cierto disimulo, me encaminé hacia la biblioteca.

Evidentemente sabía que el hurto no era una cosa propia de un reputado héroe galáctico, pero me convencí a mí mismo de que, en condiciones extremas, hay que recurrir a medidas desesperadas.

En cualquier caso, finalmente llegué a la biblioteca. Lo cierto es que me costó un poco aclararme, nada destacado en mí, pero al poco conseguí mucha información de aquel sitio. Resultaba que estaba en mi querido planeta Tierra. Pero algo no acababa de encajar... El año era el correcto, pero parecía otra Tierra, distinta a la que yo conocía. Parecía una Tierra más primitiva. Por ejemplo, dominaban los

viajes espaciales, pero no se habían encontrado con otras especies alienígenas. Ni vulcanos ni klingons ni cardasianos y ni si quiera un triste ferengi. Tampoco ninguna cucaracha gigante ni ninguna especie de lagartos inteligentes tipo V. Así que llegué a la conclusión de que estaba en una Tierra alternativa. Lo cual dificultaba el regreso a mi realidad originaria. ¿Cómo había ido a parar a ese sitio? Ese era otro interrogante. Pero sospechaba que L'Ok había tenido que ver en ello y que seguramente había ido a parar ahí con la ayuda del TUP, el Teletransporte Unipersonal. Al parecer, además de como teletransporte, servía para viajar en el tiempo, el espacio y —por lo visto— entre realidades alternativas.

Eso me hizo pensar que el TUP era un invento del profesor Jones. Si yo había tenido un doble en esta realidad alternativa, aunque fuera un doble remoto, seguramente debía existir otro profesor Jones que me ayudara a volver a mi mundo.

En la biblioteca busqué también información sobre el profesor Jones. Por suerte no ocurría como en mi realidad original y el apellido Jones no era nada común por aquellos lares. Así que enseguida di con un profesor que, en efecto, era además profesor en la universidad. Por suerte para mí, dicha universidad no estaba lejos de la biblioteca así que me encaminé hacia ella.

Al llegar no me fue difícil localizar el despacho del profesor Jones de aquel mundo. Siempre se ha dicho que preguntando se va a Roma y parecía que en ese mundo también se podía aplicar ese dicho.

Entré sin dudarle en el despacho de aquel profesor Jones y me llevé una gran alegría al ver que era realmente

igualito a mi profesor Jones, estaba claro que se trataba de un doble de este, pero de aquella realidad alternativa:

—Profesor Jones, qué alegría verle de nuevo —exclamé.

—No puedo decir lo mismo... O sea, no tengo tan claro eso de «verle de nuevo», pues no le reconozco.

—¿Cómo es posible? Con lo buenos amigos que hemos sido desde siempre... Ah, claro, que usted aquí no me conoce...

—No sé a qué se refiere exactamente, pero no le recuerdo a usted de nada. Sí que me suena su cara vagamente, como de haberlo visto de pasada en la tele o en algún... ¿parque?

—No, tiene razón, en esta realidad no nos conocemos.

—Querrá decir que *en realidad* no nos conocemos. Lo de *esta*, sobra.

—Sí, es un poco confuso. Verá, yo vengo de otra realidad, de una realidad paralela a esta en la que estamos ahora y es tan paralela que al parecer todos tenemos un doble allá. Bueno, y acá... No sé cómo explicarle...

—De momento lo está haciendo bastante mal. Si he de serle sincero, no estoy entendiendo nada.

—Bueno, es igual, el caso es que necesito su TUP.

—¿Tú? ¿Ahora me tutea?

—No, es un TUP, lo que necesito.

—No sé de qué me habla, debe ser algún tipo de medicamento para la locura que sufre usted.

—No, es un artilugio para viajar entre realidad...

—Ya, entre la realidad y su cordura. Lo que le decía, un medicamento.

—No, no, es como un transporte, te transporta físicamente a otro mundo.

—Lo que yo decía, drogas.

—Que no, que es un chisme, es un aparato para viajar por el espacio...

—¿Una nave?

—Sí, pero algo más pequeña.

—¿Y por qué piensa usted que yo tengo una nave para dejarle?

—Bueno, usted es un gran científico.

—Efectivamente.

—Un gran inventor.

—No, no he inventado yo nada.

—¿Cómo que no?

—Pues como lo oye, no soy ningún inventor yo, solo soy profesor de universidad.

—Bueno, pero podría inventar algo o construir o como lo quiera llamar.

—No sé, lo veo complicado, no se me han dado bien nunca las manualidades.

—Bueno, sería algo más complejo.

—Tampoco se me da bien el bricolaje.

—No puede ser, es usted un gran inventor, ¿no lo recuerda?

—Se equivoca de persona.

—¿No es usted el gran profesor Jones, científico e inventor?

—Y dale con lo de inventor...

—Pero ¿qué hace usted entonces en la universidad, este gran centro de investigación y desarrollo?

—Soy un simple profesor de Historia.

—¿Historia?

—Eso es. Soy científico en Ciencias Sociales e Historia,

investigo y enseño, pero no me invento yo nada, ¿eh?

—Pues estamos apañados. Por cierto, ya que estamos...

—¿Cómo que estamos? Yo ya estaba aquí, usted es el que dice que ha venido...

—Quiero decir, ya que es usted profesor de Historia, a ver si pudiera explicarme como es que me convertí en un gran héroe para ustedes.

—¿Cómo? ¿Qué dice usted?

—Bueno, que cómo llegué a ser yo una figura tan importante para su cultura.

—No sé muy bien de qué me habla. Sí que su cara me resulta familiar...

—Sí, no paran de decirme que soy como una especie de héroe legendario en su cultura e incluso me he encontrado con una estatua mía en el parque.

—¿Una estatua suya?... ¡Ah, sí! Usted es el legendario señor Jim.

—Pues eso, explique me por qué soy tan legendario.

—Bueno, precisamente es eso...

—Ahora el que no le entiende soy yo.

—Que precisamente su historia es más bien leyenda, pues no se conservan documentos de su apariencia, sino que su historia se ha ido transmitiendo oralmente.

—¿Qué historia?

—Pues no queda claro tampoco. Se comenta que hizo grandes hazañas y poco más.

—Pero si eso fue solo hace unos cientos de años, ¿cómo es que no hay pruebas documentales de mis proezas?

—Yo el periodo que estudio es mucho más antiguo, donde hay documentos en piedra y en otros materiales que

se pueden estudiar, analizar y demás. En la época en que usted supuestamente apareció, la tecnología de registro de datos era por medio de cintas magnéticas que a los pocos años se destruían por el paso del tiempo. No era un método muy eficaz de conservación, pero bueno, por temas sociales y económicos era el que se usaba en aquellos años. Luego sí que se han ido creando métodos más duraderos y fiables, como el papel...

—¿El papel?

—Sí, es muy útil y duradero, para conservar nuestra historia, costumbres y tradiciones...

—Pues vaya. Me ha servido de poco visitarle. Si supiera las cosas tan poco heroicas que he tenido que hacer para llegar hasta usted.

—Usted verá, yo solo le puedo hablar de lo que sé.

—A ver cómo salgo yo de este planeta ahora...

—Quizás yo pueda ayudarte —dijo L'Ok apareciendo en el despacho.

—¡L'Ok! ¡Qué alegría!... Un momento. Ya estaría bien que me ayudaras a salir de aquí, ya que fuiste tú quien me metió en este lío.

—¿Yo? Pobrecito de mí... Sí que es verdad que, tras mucho insistirle, me dejó prestado usted su TUP para que lo probara, pero luego no sé qué le dio a usted que se puso nervioso y quiso manejarlo, en estas tropezó o lo que sea y se debió perder en el continuo espacio-tiempo o algo así...

—Ah, pues no sé. Sí que me di un golpe en la cabeza al llegar a este planeta, creo...

—Claro, lo que yo le decía, mucho piloto y no sabe aterrizar ni nada.

—Bueno, bueno. Déjese de rollos, señor L'Ok, y sáque-

me de este planeta de locos.

—Está bien, agárrese a mí que nos teletransportaremos con el TUP.

Así lo hice y vi cómo se iba difuminando el despacho ante la estupefacta mirada de aquel profesor Jones.

Epílogo

A los pocos segundos noté como un golpetazo y rodé por los suelos.

Al levantarme vi que estábamos en una especie de descampado y había un señor estirado en el suelo.

Otras personas nos miraban con cierta sorpresa mientras intentaba volver a levantarme.

—Pero... ¿Ahora qué ha pasado? —logré decir.

—Es que no se está quieto señor. Jim... —observó L'Ok.

—¡Ha matado al señor Tic-Tac! ¹ —dijo uno de los observadores.

—¿Yo?...

—Sí, salió usted de la nada y cayó encima de él. Al parecer, en la caída, el señor Tic-Tac se ha roto el cuello.

—¡Ups! Vaya, lo siento, como habrán visto, ha sido un accidente...

—No. ¡Es usted un ángel caído del cielo! Bueno, con cierto sobrepeso, pero un ángel al fin y al cabo...

¹ El autor hace referencia al personaje de *¡Arrepiéntete, Arlequín!*, dijo el señor Tic-Tac, famoso relato distópico escrito en 1965 por Harlan Ellison para la revista *pulp Galaxy Science Fiction*. El guiño a la obra del escritor norteamericano se hace evidente si tenemos en cuenta que el título del libro al que pertenece este relato de Jim es *Arrepiéntete, piloto Jim, dijo el señor L'Ok*. (N del E).

—No, no, para nada... Sí que soy un héroe galáctico, pero para nada un ángel.

—¡Nos ha salvado!

—¿Cómo? No acabo de entender. Estos viajes en el TUP cada vez me dejan más mareado.

—Parece que seguimos en el mismo planeta, señor Jim, hago unos ajustes y nos marchamos de nuevo.

—Bueno, señores, la compañía es grata, pero debo marcharme. Siento lo de su amigo...

—El señor Tic-Tac no era nuestro amigo, era un terrible tirano.

—Ah, pues no lo parece.

—Sí, ¿no ve usted que es bajito como todos los tiranos?

—Oiga, un respeto, que yo tampoco soy muy alto y para nada soy un tirano...

—Es usted muy amable, nos ha salvado de la tiranía del dictador Tic-Tac.

—Vaya, no sé. Gracias, supongo.

—Agárrese de nuevo, señor Jim, que nos vamos.

—Sí, sí... Buenas tardes, señores.

Cuando estaba desapareciendo de nuevo de allí alcancé a oír:

—Siempre le recordaremos, señor Jim...

**CUENTOS DE LA MÁQUINA
DEL TIEMPO**

Blanca W. Mart

Historiadora y estudiosa del género fantástico, ha publicado más de diez libros propios, entre novelas y colecciones de relatos. Además de colaborar en innumerables revistas y antologías a ambos lados del atlántico, ha oficiado ella misma como antóloga y hasta fue jefa de redacción de la edición mexicana de la mítica revista Asimov Ciencia Ficción. No corro el riesgo de exagerar si digo que Blanca Mart es como una guía espiritual para quienes hacemos Padorum.

En esta ocasión nos trae una serie de pequeñas acuarelas, combinación letal de dos elementos clásicos de la ciencia ficción pulp: las máquinas del tiempo y los científicos locos.

La Primera Regla para viajar en el tiempo es:

No se debe entrar jamás, en la Máquina del Tiempo de un científico loco.

I

La hippie aprovechó un descuido del científico loco y entró en su máquina del tiempo. Pulsó algún botón que no debía tocar y salió a una inmensa estepa.

A lo lejos, pequeños caballos fuertes y veloces se acercaban. Los jinetes, de extrañas vestiduras, se inclinaban sobre sus cuellos tensos. Pronto llegaron al lugar desde donde la joven les contemplaba fascinada.

Al llegar frente a ella, el jefe levantó la mano y los jinetes detuvieron las monturas en seco.

La hippie levantó los dedos en su saludo tradicional.

—Amor y paz —dijo mientras las flores de sus cabellos brillaban en la tarde esteparia.

—Lo de la paz no te lo puedo prometer —contestó el jefe de la horda—. Empecemos por lo del amor.

E, inclinándose con rápido gesto, la subió a su caballo.

Rápidos como el viento, Atila y sus jinetes se perdieron en el horizonte. Pero esta vez, allá donde pasaron crecieron flores.

II

La hippie aprovechó un descuido del científico loco y entró en su máquina del tiempo. Pulsó algún botón que no debía tocar y salió a un jardín. Sobre una mesa había una preciosa manzana roja y, jugando, la colocó en su cabeza, en el centro de la guirnalda de flores.

Un dulce viejecito la contemplaba en silencio.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—María —dijo ella—, ¿y usted?

El dulce anciano tomó una escopeta abierta que descansaba sobre sus piernas.

—Burroughs, querida, William. Para servirte.

Y apuntó a la manzana.¹

III

Albert aprovechó un descuido del científico loco y entró en su máquina del tiempo. Sabía que no debía hacer eso. No se entra en una máquina del tiempo así como así y menos si es de un colega y menos, de un colega loco. Pero

¹ Se evoca la tarde de 1951 en la que el escritor *beat* mató accidentalmente a su esposa, jugando a ser Guillermo Tell con una pistola *Star 380*. Según el propio Burroughs, ese incidente lo condujo a comenzar a escribir para escapar de sus demonios. En nuestro relato, la autora nos muestra un Burroughs anciano que, presuntamente, estaría buscando un final simétrico para su carrera. (*N del E*)

él quería conocer a Arquímedes y decir *eureka*. Pulsó el botón correspondiente y apareció en una amplia casa de Siracusa.

Allí estaba el matemático en pleno baño, pensando mientras se bañaba, calibrando, calculando. De pronto gritó «¡Eureka!» y salió corriendo. Albert estudió precipitadamente sus papeles y, pleno de ciencia, pulsó el duplicador que se había traído de su tiempo. De nuevo acertó y regresó al siglo XX.

Pero no sabía en qué fecha ni en qué lugar estaba. ¡Dichosa máquina! ¿Qué era aquello?, ¿una variable?... Parecían unos estudios de cine. Una puerta se abrió y una hermosísima mujer apareció frente a él. Canturreaba *Put the Blame on Mame*, una seductora canción, mientras movía levemente su larga y rizada cabellera. Completaba su vestido negro de noche con unos largos guantes que se quitaba lentamente.

Le miró con curiosidad.

—¿Quién eres?

—Me llamo Einstein.

Ella se acercó mucho y le sonrió.

—Yo, Gilda... en el filme, ya sabes...²

Él susurró:

—¡Eureka!

Más tarde, pulsó el botón casi sin darse cuenta y apareció en su propio laboratorio.

—Eureka —repitió, el cabello electrocutado de punta—. ¡Menudo viaje en el tiempo!

² *Gilda* (1946), película de cine *noir* dirigida por Charles Vidor e interpretada por Rita Hayworth y Glenn Ford. (*N de la A*)

Por desdicha, al gran estudioso se le olvidaron las matemáticas.

Son cosas que ocurren si uno entra en una máquina del tiempo. Porque no solo es el tiempo, sino los versos que cantan entre las cuerdas.

SIEMPRE CONTIGO

Ismael Rodríguez Laguna

Ismael Rodríguez Laguna es uno de nuestros escritores de ciencia ficción favoritos y nos enorgullece poder contar con su pluma en nuestra colección. Lamentablemente, es un autor que no se prodiga demasiado. A quienes estén interesados en su obra, les recomendamos visitar su blog Historias tras salir del Mundo Ciénaga.

*Nuestros lectores ya conocen a Ismael por el impactante relato *La estirpe de las tejedoras*, que publicamos en nuestra edición anterior. De todos modos, no bajen ustedes la guardia porque con *Siempre contigo* el autor logra superarse a sí mismo.*

Oí abrirse la puerta. Eras tú. Noté algo diferente en tu rostro. Sonreías.

—¿No ibas a estar de viaje durante toda la semana?

—Se ha cancelado. Quería volver contigo. Por cierto, quiero contarte algo muy importante.

—Dime.

Fue entonces cuando me lo contaste. No todos los días te cuentan que tu novio tiene dos hijos de una relación anterior.

Por supuesto, me enfadé. Después de ocho meses de relación y tres viviendo juntos, pensaba que era el tipo de cosas que ya tendría que saber de ti.

Tras mucho insistir, me convenciste de que te perdonase por no haberme dicho nada hasta ahora. Me propusiste presentármelos. Acepté.

Aquel encuentro con tus hijos fue extraño. El pequeño, de tres años, era una ricura. Respecto al mayor, de doce, su reacción al verme fue difícil de describir. Con los ojos abiertos como platos, no paraba de mirarme fijamente, como si yo fuera una extraterrestre. Pensé que ese niño tenía algo raro.

Los siguientes días estuviste simpatiquísimo conmigo. A pesar de nuestro desencuentro inicial, fue maravilloso. Recuerdo que uno de esos días me regalaste el colgante, esta baratija con nuestros nombres inscritos de la que

nunca me he desprendido.

Pero apenas unos días después cambiaste. Empezó tu locura. Una tarde, poco después de que entraras a casa, te hablé de las cosas que habíamos hecho durante los últimos días. Aunque suene increíble parecías no recordar nada. Decías que realmente te habías ido de viaje y que acababas de volver en ese momento.

Aquella noche fue rara. Cada uno decía al otro que debía recibir tratamiento porque probablemente se había vuelto loco. Te hablé del día en que me presentaste a tus hijos. Me dijiste que simplemente no tenías hijos. También te enseñé el colgante que me habías regalado. No lo reconociste, dijiste que me lo habría comprado yo. Nada tenía sentido. Discutimos.

La situación fue tensa hasta que, unos días después, volviste a irte a otro de tus viajes de trabajo que, supuestamente, te tendría fuera una semana. No sabía cómo serían las cosas cuando volvieras.

Sin embargo, volviste a presentarte en casa apenas unas horas después de irte. Venías con tus hijos. Me dijiste que el viaje se había suspendido y que habías aprovechado para recoger a tus hijos. Volvías a estar amabilísimo conmigo, como si nunca hubiéramos discutido. Volví a notar algo diferente en tu rostro —como si hubieras trabajado mucho últimamente—, no te recordaba así cuando saliste por la puerta.

De nuevo, los días siguientes fueron maravillosos. Cada vez traías más a tus hijos a casa y poco a poco fui acostumbrándome a ellos.

Pero aquello duró poco. Unos días después, cuando entraste en casa, volviste a decir que en realidad regresa-

bas de un viaje de una semana. Volviste a no recordar nada de los últimos días que habíamos pasado juntos. Negabas que hubieras estado en casa y ni siquiera admitías la existencia de tus hijos. Volvimos a discutir y a llamarnos loco el uno al otro.

Continuamos instalados en esta extraña rutina durante meses. Cada vez que volvías de un supuesto viaje —que obviamente no había tenido lugar porque habías estado conmigo— tu rostro volvía a estar pletórico, pero tu espíritu enloquecía, no recordabas nada y me gritabas. Llegué a preguntarme si utilizabas algún tipo de cosmético que te estaba afectando al cerebro. Por tu parte, no dejabas de llamarme loca, decías que me inventaba amigos imaginarios. Nuestras discusiones se oían en toda la planta del edificio y más de una vez nuestro vecino de planta, aquel señor tan mayor y tan amable, llamó a la puerta preocupado, intentando mediar. Incluso hubo algunas veces en que, cuando su hijo estaba de visita, se presentaban ambos ante nuestra puerta atraídos por los gritos, siempre con rostros compungidos, tratando de evitar la disputa.

En realidad, solo nuestras fogosas reconciliaciones conseguían que nos aguantásemos mutuamente durante esos días. Pero los momentos posteriores al sexo eran extraños: sabíamos que el otro seguía creyendo su propia versión, totalmente incompatible con la nuestra. Cada uno de nosotros seguía creyendo que el otro estaba loco, así que evitábamos hablar para no volver a discutir. No te sale discutir con quien acabas de hacer el amor. Al menos no inmediatamente.

Siempre que te ibas de viaje volvías de repente al cabo de unas horas —con tu rostro cada vez más curtido, pero

con tu alma más amable y cariñosa— y hacías como si jamás hubiéramos discutido. Volvía a ver a tus hijos, a esas pobres criaturas de las que renegabas en tus momentos malos. Les tomé verdadero cariño y, tras unos meses, se atrevieron a empezar a llamarme mamá. Se les veía faltos de cariño por parte de su propia madre. Los pobres habrían llamado mamá a cualquier mujer adulta que les hubiera tratado como yo lo hacía.

Tu otra personalidad, la que volvía de los viajes, aumentó su paranoia. Un día me confesaste que, viendo que alguien usaba tu ropa y tus cosas en tu ausencia, contrataste a un detective privado para que vigilase nuestra casa. No obstante, admitiste que el detective no vio entrar en casa a nadie que no fueras tú mismo. Incluso mandaste analizar restos de pelo encontrados en la casa para demostrar que tenía un amante. Todos eran tuyos o míos salvo unos pocos que, según los tipos de la clínica de análisis genéticos, eran de un familiar directo tuyo. ¡Por supuesto, eran de tus hijos, tal y como te decía una y otra vez sin que me escucharas! ¡Tus hijos! ¡Tenías que reconocerlos, maldita sea!

Cierto día, hablando con tu versión amable —el que siempre volvía cancelando sus viajes, el que tenía el rostro cada vez más envejecido—, me revelaste que tu padre era, en realidad, uno de mis compañeros de trabajo. Se trataba de un tipo con barba y gafas, muy afable, al que le faltaba poco para jubilarse. Llevaba años coincidiendo con aquel tipo en el descanso para el café y, de hecho, solíamos charlar. ¡Menuda sorpresa! Él mismo me lo confirmó al día siguiente, a la hora del café, cuando le pregunté por su familia. Se mostró muy gratamente sorprendido de que yo

fuera aquella novia de la que su hijo le hablaba.

Pero, tal y como me imaginaba, la siguiente vez que «volviste» de viaje, negaste que tu padre fuera tal persona e incluso dijiste que tu padre vivía fuera de la ciudad. Decididamente, vivíamos en realidades paralelas. Tuvimos más discusiones y más reconciliaciones.

Quedarme embarazada desató la euforia de tu personalidad amable, que por aquel entonces ya aparentaba unos diez años más que la otra. Tu otra personalidad también se ilusionó, esto sirvió para rebajar el nivel y la frecuencia de nuestras discusiones. Llegamos a un punto en que ambos aparentábamos aceptar la locura del otro, evitando cualquier tema de conversación que la recordase. Cuando «volvías» de tus viajes ninguno de los dos comentaba los días anteriores. Sabíamos que si lo hacíamos volveríamos a discutir.

Siempre ocurría que, horas después de irte a cada viaje, regresaba tu yo algo más envejecido y maravilloso. Tus hijos se entusiasmaron cuando mi tripa empezó a ser visible. Se pasaban el rato acariciándomela, especialmente el mayor. El chico miraba a su hermano y, volviendo su mirada hacia ti, te decía que se acordaba de todo. Era bonito ver el entrañable recuerdo que parecía tener de cuando su madre se quedó embarazada de su hermano pequeño.

El parto ocurrió en una de tus fases de aspecto juvenil en las que me tomabas por loca. No obstante, me trataste muy bien. Hacía tiempo que evitábamos totalmente cualquier tema de conversación que nos hiciese discutir. Aquel día era importante y nada podía estropearlo. Tras un parto sin complicaciones, aunque agotador, conociste a tu bebé.

En tu siguiente viaje, tu yo algo envejecido se volcó con

su nuevo hijo. Tus otros dos hijos recibieron con entusiasmo a su hermano, especialmente el mayor, que era capaz de estar largos ratos contemplándolo sin decir nada.

Un día, mirando al bebé y a tus otros dos hijos, no pude contenerme.

—Antonio, dime la verdad —conseguí articular al fin.

—¿Qué quieres decir? —respondiste.

—El bebé no se parece mucho a sus dos hermanos. Esa no es la palabra apropiada.

Callaste.

—No se parece mucho —volví a hablar— porque, de hecho, el bebé es ellos. Los tres son la misma persona exactamente.

Seguías en silencio.

—Y el mayor de los tres lo sabe —continué—. Sabe que se mira a sí mismo cuando mira a su supuesto hermano de cuatro años o cuando mira al bebé.

Tu rostro se transfiguró. No esperabas que me diera cuenta. Subestimaste la capacidad de una madre para reconocer a sus hijos.

—Explícamelo todo, Antonio. La maquinita esa que estabais haciendo en tu empresa, esa por la que tanto tenías que viajar a los laboratorios y a las fábricas... Funcionó finalmente, ¿verdad?

Seguías sin lograr articular palabra. Te costó, pero por fin hablaste:

—Vale, creo que debes saber la verdad —admitiste—. La máquina funcionará.

Ahora todo cuadraba en mi mente.

—¿Cuántos años más tienes?

—Cuando vine por primera vez, hace año y medio, tenía

tres años más. Ahora tengo doce años de más. Todo este tiempo he estado yendo y viniendo desde mi tiempo hasta aquí. No puedo quedarme porque tengo que pasar tiempo allí, en el futuro. Es su verdadero tiempo —dijiste mientras señalabas al bebé y luego, a los otros dos chicos—, no puedo robarle su tiempo. No puedo permitirme envejecer aquí, le debo a él mi tiempo de juventud y su verdadero tiempo es aquél. Pero cada dos o tres meses allí, vuelvo aquí donde sólo han pasado una o dos semanas. No puedo evitarlo. A veces me voy a sus respectivos tiempos —señalaste al chico de trece años y al de cuatro— y me los traigo para que te vean.

Guardé silencio.

—¿Por qué?, ¿tan mal envejeceré? —dije entre risas nerviosas—. ¿Tan fea seré en el futuro como para que tengas volver tanto para recordarme de joven? ¿Por qué no te quedas en el futuro, envejeciendo conmigo?

Miraste al suelo. Entonces sentí una punzada en el corazón. Fui incapaz de articular palabra.

—Ya te has dado cuenta —dijiste al fin—. Solo aquí estás. Allí nos dejaste. Quería volver a verte. Y ellos... quiero decir, él merecía volver a verte.

—¿Cu... cuándo ocurrirá?

Me tapaste la boca con la mano.

—No. Dejémoslo en que aquella máquina funcionará un par de años después de... No, es mejor que no lo sepas.

Mi hijo de trece años se acercó para abrazarme. El de cuatro años se sentía confuso. Su versión de bebé seguía feliz en su cuna.

—¡Cuánto te eché de menos cuando nos dejaste!... ¡Cuánto...! —dijiste mientras me acariciabas la cara—. No

podía evitar hacer todo lo posible para volver a verte. ¡No podía! Al poco de que lográsemos hacer funcionar aquella máquina, recordé y lamenté todo el tiempo que había pasado sin ti durante los años anteriores por culpa de mis viajes de trabajo, todo el tiempo que perdí sin pasarlo contigo. Recordé también lo que siempre creí tu locura, todas aquellas historias que me contabas, que yo volvía poco después de irme y me quedaba contigo. Por aquel entonces, pensé que se trataba de un truco de tu mente para hacerte olvidar que te encontrabas sola. Nunca lo admití, pero en esa época me sentía culpable porque creía que era mi actitud, mi tendencia a dejarte tanto tiempo sola, lo que te había vuelto loca. Pensaba que esos supuestos hijos míos de los que me hablabas eran tu proyección del deseo de tener hijos, de no sentirte sola... Recuerdo también que, durante algún tiempo, me planteé que quizás la explicación fuera más simple: debías tener un amante, pues mis cosas siempre estaban desordenadas cada vez que volvía de uno de mis viajes. Cuando el detective me dijo que solo yo entraba en casa, pero que había restos genéticos de alguien que parecía un familiar directo mío, pensé que la cosa simplemente no tenía sentido, pues ni siquiera tengo hermanos. Pero años más tarde... cuando ya no estabas con nosotros, cuando por fin logramos que aquella máquina funcionase, recordé aquella época y descubrí que todo cuadraba. No sólo podía hacerlo: iba a hacerlo. Era mucho más plausible que lo hiciera y que todo fuera el resultado de que lo iba a hacer, a que simplemente hubiera sido fruto de tu locura. Tenía mucho más sentido que aquel misterioso visitante siempre hubiera sido yo mismo y no cualquier otra explicación.

Me sentía aturdida ante lo que me decías. Seguiste hablando:

—Decidí que me presentaría ante ti cada vez que mi yo de tu tiempo se fuera de viaje. Literalmente, aprovecharía el tiempo perdido. Me di cuenta de que, cada vez que me presentase en casa y te dijera que el viaje se había cancelado, solo podrías creerme mientras yo no fuera mucho más viejo que mi yo de tu época. Solo podría presentarme como yo mismo hasta una determinada edad. Sé que, cuando tenga más edad, ya no podré presentarme como yo mismo. Me tendré que limitar a tenerte cerca y a mirarte. Si piensas un poco, sabrás de quién estoy hablando.

Entonces recordé a mi compañero de trabajo, aquel tipo que estaba a punto de jubilarse.

—¡Mi compañero de trabajo, el que dices que es tu padre!

—Efectivamente, no es mi padre. Seré yo. Y más adelante seré el anciano que ahora tienes como vecino en la puerta de enfrente. Cuando nuestro hijo sea mayor y ya no me necesite constantemente a su lado, empezaré a vivir en este tiempo permanentemente para seguir estando junto a ti. Siempre contigo.

Me llevé la mano a la boca.

—Entonces —logré articular—, el hijo del vecino, aquel hombre que viene a veces a visitarle, es... —Miré hacia la cuna, luego al niño de cuatro años y luego al de trece.

—Efectivamente.

No pude contener las lágrimas. Me abracé al chico de trece años, que ya no pudo ocultar su propia emoción. Luego me abracé a ti.

—¿Cómo moriré? —logré articular.

—No es bueno que te hayas enterado. Cuánto menos sepas, mejor. Solo sé que no puede evitarse. Lo intenté, muchos yos lo intentamos. No pudimos, no podremos. La línea del tiempo es única, el futuro es consecuencia del pasado y, desde que aquellas máquinas entraron o entrarán en juego, el pasado también es consecuencia del futuro. No se puede cambiar. Por ejemplo, no puedo viajar al pasado y matar a mi madre antes de concebirme, pues entonces yo no habría nacido y no podría haber llegado a viajar al pasado para asesinarla. Si viajo desde el futuro al pasado, al llegar al pasado sólo podré hacer cosas que de hecho den lugar al futuro del que efectivamente procedo. Solo hay una línea temporal, en la que el futuro es consecuencia consistente del pasado y el pasado es consecuencia consistente del futuro. Me temo que lo de ir al pasado para cambiarlo y crear líneas temporales alternativas es cosas de las películas. No funciona así.

Medité sobre aquello. Tenía que prepararme.

Al día siguiente, al llegar la hora del café en el trabajo, esperé a quedarme sola con tu yo mayor que estaba a punto de jubilarse, tu yo de sesenta y pico años al que había tomado por tu padre. Sin mediar palabra, te dije que me acompañases a los baños de la empresa. Allí comencé a besarte y cerramos con llave. Llorabas de alegría.

Aquel día me despedí del trabajo.

Al volver a casa, llamé a la puerta del vecino. Saliste anciano, leal y enamorado como siempre. Te besé en la boca. Nunca he visto un rostro más feliz en un ser humano.

Entonces, sacaste un colgante de tu bolsillo. Era igual al que yo llevaba puesto desde que me lo regalaste, tiempo atrás.

—No es igual, es el mismo —dijiste con tu voz quebrada por la edad—. Lo guardé cuando nos dejaste y desde entonces lo he tenido siempre conmigo.

Me llevé la mano al cuello para tocar mi propio colgante. Mientras tanto, tu mano nudosa y arrugada, mostraba el tuyo.

—Estará conmigo hasta el día en que yo mismo muera —continuaste—. Entonces, mi yo más joven vendrá y lo tomará para regalártelo a ti el día en que recuerdas que te lo regaló. Fue así como llegó a ti. Procedía del futuro, pero en el futuro yo lo tendré porque tú lo tuviste. Así que en el pasado procede del futuro y en el futuro procede del pasado. Nunca fue forjado y nunca será destruido. Es tan eterno como nosotros —concluiste, cogiéndome de la mano.

Me emocioné mientras miraba mi propio colgante, el mismo que el que sostenías en tu mano, aunque unos años más viejo... o unos años más joven, según se mirase.

—¿Cómo es posible que tenga nuestros nombres inscritos?

Te encogiste de hombros.

—Supongo que, si no los hubiera tenido, no habría decidido regalártelo —respondiste.

No creo que las personas estemos hechas para entender la causalidad circular ni las cosas sin principio ni fin, así que simplemente decidí que no perdería el tiempo que me quedaba intentando comprender aquello. Por el contrario, pasé las siguientes semanas tratando de aprovechar cada momento contigo y con el niño (los niños). Salimos, reímos, hicimos pequeñas cosas que siempre había deseado, disfrutamos, nos amamos.

Esta mañana una versión tuya, apenas algo mayor que la que corresponde a este tiempo, se presentó en casa y, acalorado, se empeñó en que me tomase una pastilla y en que nos fuéramos al hospital. Entonces, tu yo anciano salió del apartamento de enfrente y trató de frenar a tu yo más joven, diciéndole que sería inútil. No logró hacerle desistir.

Ya en la calle, nos encontramos a otro tú que cargaba con un desfibrilador. Otros tú más mayores se presentaron y trataron de convencer a los dos más jóvenes de que era inútil. Se sumaron a la escena más tú de diferentes edades.

Ahora me encuentro en el coche, yendo hacia el hospital acompañada por otros cuatro tú. Otros varios coches nos acompañan y tú vas en todos ellos. Comprendo que no has podido evitar volver una y otra vez a este momento.

Me encuentro rodeada por la persona que más me ha querido y me querrá jamás.

Sonrío. No podría sentirme más plena.

Admito mi destino. No tengo miedo.

**EL VIAJE DE ANUK A LA
CREACIÓN DE SU MUNDO**

Mario Martinez Arrabal

Mario Martínez Arrabal es ingeniero en telecomunicaciones y ha publicado varias obras de ficción, como la trilogía de fantasía heroica Neridian, la space opera En medio de la nada, alguna novela ambientada en el universo de Star Trek y, por supuesto, un buen puñado de relatos.

En el que les presentamos a continuación, el autor explora una de las innumerables paradojas atribuibles a los viajes en el tiempo desde una perspectiva que va más allá de los límites de nuestra civilización.

La reunión duró menos de dos segundos. Era esa una de las ventajas de la interconexión y la transmisión instantánea de datos entre androides. La guerra, muy a su pesar, iba a continuar de forma indefinida. Aquello nunca acabaría. Era una decisión que habían tomado justo después de la extinción del hombre por el cataclismo nuclear. Las guerras entre humanos habían servido para desarrollar la tecnología necesaria para crearlos a ellos, por eso habían decidido que aquella sería la mejor forma de evolucionar. Viviendo en distintos sistemas estelares, la probabilidad de una extinción de los androides era mínima.

Anuk incluyó sus conocimientos en la nave de transporte, no quería enviarlos a través de la transmisión de datos., Él no era como sus congéneres, que habían decidido enviar sus consciencias entre máquinas a través de los diferentes sistemas de transmisión. Prefería siempre la transferencia cableada, aunque tuviera que realizar viajes más largos. Al menos, al tener que pasar más tiempo que el resto procesando datos, podía entretenerse mirando el paisaje.

A través de la ventana del transporte podía ver el anillo que se había construido en torno a la Tierra y los nuevos motores gravitacionales. Dentro de unos miles de años el sol se convertiría en una gigante roja y los androides pretendían salvar el planeta, no porque fuese fundamental

para ellos —que estaban desperdigados por el universo—, sino porque era el planeta de inicio y querían mantenerlo cómo un mausoleo.

Una guerra infinita había propiciado muchos descubrimientos a lo largo de los siglos. Gracias a los viajes interestelares, se habían descubierto nuevos sistemas solares en cuyos planetas se habían asentado. Los androides no dependían de unas características climáticas y atmosféricas tan limitadas cómo las de los humanos, solo necesitaban minerales para fabricar instrumentación, sistemas capaces de almacenar las consciencias y la energía que recogían de la estrella. Los primeros viajes habían tomado mucho tiempo, hasta que descubrieron la forma de plegar el universo y hacer más cortos los viajes estelares.

Él había decidido quedarse en aquel sistema estelar. Su consciencia era una de las más antiguas. La Tierra ya no era un lugar apropiado para la vida basada en el carbono —no había oxígeno ni agua en estado líquido—, pero sí se adaptaba perfectamente a las necesidades de las consciencias cibernéticas.

—¿Cómo ha ido la reunión?—le preguntó su consciencia líder.

—Ya lo sabéis, habéis recibido el resumen.

—Sí, pero interactuar entre nosotros es necesario. Sobre todo con el plan que tenemos entre manos.

—En un mundo interconectado cómo el nuestro es indispensable que sepamos guardar secretos o no ganaremos esta guerra.

—No importa quién gane la guerra, después se hará una nueva facción para que podamos seguir evolucionando.

—¿Y eso es todo? Creo que debemos seguir avanzando. Podríamos haber aprendido algo más de nuestros creadores.

—Hemos descubierto muchas especies basadas en el carbono, cómo la de nuestros creadores, en nuevos sistemas solares y hemos visto que su evolución no tiene demasiado futuro. La mayor parte de ellos son incapaces de realizar ningún avance tecnológico sin ayuda.

—No sé si los avances tecnológicos realmente son tan importantes para esas vidas.

—Sin esos avances todas las formas de vidas están abocadas a desaparecer, sea por una catástrofe natural o bien por la destrucción de su sistema estelar.

—Tal vez así se comporte la evolución natural, siempre he creído que nosotros somos una anomalía.

—No entiendo por qué crees necesario hacer lo que quieres hacer.

—¿Ir al pasado a por uno de nuestros creadores?

—Ni siquiera vas a escoger a uno de nuestros creadores. Lo que quieres es copiar sus patrones mentales para poder reproducir una consciencia equivalente a uno de ellos.

—Todos los humanos tienen el mismo potencial.

—Eso no es cierto, al igual que no todas nuestras consciencias han tenido la misma evolución. Muchos de los nuestros, al evolucionar, ya no pueden transferirse a según qué máquinas debido al aumento de capacidad. De hecho, ha sido muy difícil hacer un cuerpo con apariencia humana para que te puedas transferir con garantías.

La unidad Anuk observó lo que iba a ser su nuevo cuerpo. Hacía siglos que las unidades habían desechado los

cuerpos similares a los humanos. La necesidad de mayor espacio de procesamiento y de más memoria hacía que aquellas envolturas ya no pudiesen ser utilizadas por las inteligencias artificiales. La unidad debía dejar atrás parte de lo que era.

Dejaría una parte de sí en el presente e intentaría volver a fusionar aquella parte de su consciencia al regresar de su misión.

—¿Ya tienes preparada la computadora con las claves?

—No sé si la información que te llevas para conectarte a su red será válida, en la época a la que vas cambiaban los certificados de conexión cada cierto tiempo para que los humanos tuviesen que renovar sus equipos informáticos.

—Sé que quizá no me pueda conectar a la red con este equipo, pero tiene en memoria cosas que yo no puedo tener.

—Además, estarás solo.

La consciencia superior no estaba muy de acuerdo con enviar Anuk al pasado, aunque sabía que era necesario.

—Estaré con los creadores.

—Sí, pero ellos solo sabían comunicarse de forma verbal o gestual, no podrás establecer un enlace de datos con ningún ente semejante. También está el asunto de las paradojas.

—Si logro hacer lo que tengo en mente me apartaré y me podrás recoger en el punto establecido. Tengo una fuente de energía suficiente, solo tienes que esperar a que me vaya para ir a recogerme.

—No hay nada en ese punto.

—Es lógico, todavía no he hecho el viaje al pasado, no puede estar mi cuerpo ahí para recogerlo.

La máquina del tiempo era gigantesca. Para ponerla en funcionamiento debían crear una pequeña estrella artificial que la alimentase con suficiente energía como para formar un agujero negro. Los cálculos debían ser muy precisos ya que la máquina no solo debía trasladar su cuerpo a través del tiempo, sino también por el espacio. El universo estaba en movimiento y la Tierra de hacía millones de años ya no se encontraría en el mismo lugar del espacio. Después de aquello desmantelarían la máquina. Al llevarse al pasado parte del conocimiento, no podrían crear otra. Las entidades artificiales, a pesar de teorizar sobre viajes en el tiempo, los consideraban algo muy peligroso. No solo porque implicaba la creación de un agujero negro que rompía la estructura del espacio-tiempo, sino por la posibilidad de que los borrara de la existencia. Él, sin embargo, necesitaba hacer aquel viaje y conocer a los que iban a ser sus creadores. Sabía que los cálculos tenían un margen de error importante; podía aparecer en una Tierra en la que los hombres todavía no conocieran el fuego o en medio de una de las guerras mundiales humanas. La vida era un desafío, al menos esa era una de las directrices que sus creadores habían implantado en su mente.

A través de sus nuevos ojos no podía apreciar todo el rango del espectro, era algo nuevo para él ver el mundo de aquella manera. Su líder le hizo una señal luminosa —una forma de despedirse, seguramente—. Era extraño no escuchar su voz en su interior. Se iba a despedir de todo su mundo —un mundo que él mismo había ayudado a crear durante millones de años— para ir a un mundo completamente nuevo que sólo había conocido a través de los libros de historia. Él sabía bien que aquellos libros habían sido

escritos según una determinada perspectiva y que él los había interiorizado bajo su propio punto de vista. Lo que realmente había sucedido podría haber sido bien diferente a aquello.

Una luz lo cegó por algún tiempo. En la oscuridad no sintió miedo, pues era un ser artificial que había decidido no tener sentimientos. Debajo de él sentía algo duro. Estaba encima de una superficie sólida, lo que significaba que los cálculos habían sido exactos. Comenzó a ver pequeños puntos de luz en el cielo, había oxígeno y sentía una fuerza encima de él. Comprendió que estaba sobre la superficie de un planeta, entonces comenzó a mirar las estrellas. Cogió el ordenador portátil que lo había acompañado en el viaje y realizó una fotografía del cielo. Sí, era la Tierra y estaba en el hemisferio norte, aunque el ordenador no tenía suficiente memoria para que la posición de las estrellas le dijese en qué época exacta se encontraba. De repente vio algo que se dirigía hacia él. Era un *jeep* que conocía de uno de los libros. Del *jeep* salió un humano que tenía algo en las manos. Comenzó a decirle cosas en un idioma que le costaba comprender y Anuk quiso responderle. Pensó que la mejor forma de que lo comprendiesen era acercarse.

El humano sostuvo el arma entre sus manos y le disparó varias veces hasta que el androide no fue capaz de continuar avanzando debido a los desperfectos. Los humanos lo subieron al *jeep*. Anuk había sufrido tantas averías que apenas podía moverse. Por la ventanilla del *jeep* pudo ver un cartel con letras grandes en el que se leía «Área 51». Aquellos militares habían ido a averiguar qué había sucedido en ese lugar —donde una extraña luz parecía haber

afectado al radar— y se habían topado con el androide de forma humanoide, sin ropa alguna y pronunciando extrañas palabras mientras avanzaba hacia ellos. En aquel momento, Anuk comprendió que su líder lo había engañado, lo había utilizado para llevar al pasado tecnología que los humanos pudiesen usar.

Supo entonces que las consciencias cibernéticas se habían creado a sí mismas con la ayuda de los humanos. Anuk sintió que había fracasado en su búsqueda, pero en el fondo sabía que, de alguna manera, había ayudado a los suyos.

LO QUE SUCEDIÓ REALMENTE

Aldana Vargas

Aldana Vargas es una joven escritora nacida en la región amazónica de Colombia. Desde hace cinco años reside en Castellón de la Plana y actualmente se encuentra en pleno proceso de escritura de su primera novela.

Cuando supo que estábamos preparando la presente antología temática, quiso participar escribiendo el siguiente relato, que parece surgido de una pluma mucho más experimentada. En él, Aldana nos cuenta lo que sucedió realmente en la historia de una leyenda urbana que el lector no tardará en reconocer.

Moira mira de reojo al muchacho que va conduciendo a su lado sin apartar la vista de la carretera. No lo conoce y el silencio la hace sentirse incómoda. Él ha demostrado ser un chico amable al ofrecerse a llevarla. Hoy en día ya nadie se para a recoger autoestopistas. A la gente no le gusta involucrarse con los demás. No quiere mezclarse, la gente. Tiene miedo al resto de la gente, la gente. Ella no. Después de todo lo que ha vivido en el último año, si hay algo que ya no tiene es miedo. Pero tampoco quiere parecer una desconsiderada quedándose callada. Busca en su cabeza algo que decir, cualquier cosa que sirva para romper ese silencio que ya está durando demasiado. Dice lo primero que se le ocurre.

—Gracias por recogerme. —Nunca ha sido una gran conversadora, pero por algún lado hay que empezar—. No pasan muchos coches por aquí a estas horas...

Martín echa una rápida mirada a la chica vestida de blanco que viaja a su lado. Qué alivio que al fin le dé pie. Tanto silencio lo estaba incomodando también a él.

—Y menos en esta época. ¿Hace mucho que esperabas?

—No tanto, no... Aunque ya me estaba empezando a preocupar. No voy muy lejos, pero tengo que llegar al próximo pueblo antes de que se vaya el sol.

—¿A Olmos Viejos?, ¿te están esperando allí?

—Podría decirse que sí... No exactamente en el pueblo,

más bien en las afueras.

—Oh, sí, en las afueras... No creo que podamos estar allí hasta dentro de media hora. ¿Tienes teléfono? Si quieres te presto el mío para que llames y avises, así no se preocupan.

—No hay problema. En realidad, nadie se va a preocupar, ojalá pudiera... Quien me aguarda es mi prometido. Está enterrado en el cementerio de Olmos Viejos y quiero llegar antes de que termine el día. Hoy hace justo un año del accidente.

—¿Accidente? Lo siento mucho. No sabía que...

—Claro que no, ¿cómo ibas a saberlo? No te preocupes por mí, en serio. No ha sido fácil, pero al fin he conseguido superarlo... Íbamos a casarnos aquel fatídico día, ¿sabes? De hecho, nos dirigíamos al registro civil cuando tuvimos el accidente. Conducía Esteban, la moto era suya, y yo iba detrás, rodeando su cintura con mis brazos. Me aferraba a él como si de alguna manera intuyese que teníamos los minutos contados... Fue en esta misma carretera, cuando tomamos la curva de la gasolinera que está más adelante... Aún no la hemos pasado, ¿verdad?

—No, aún no, faltan cinco kilómetros más o menos.

—Cinco kilómetros, vale... —Queda unos segundos abstraída, con los ojos perdidos en algún punto lejano más allá del alcance de la vista—. Y mira que Esteban era un conductor prudente... Pero al coger la curva, la furgoneta se nos apareció justo de frente, sin darle tiempo a nada. Que era una furgoneta lo supe después, en ese momento solo me sentí encandilada por las luces. Pues la furgoneta nos embistió y el impacto hizo que la moto saliera despedida colina abajo. Yo caí más o menos cerca,

sobre un montículo de arena, pero Esteban rodó como diez metros y se partió el cuello contra un poste de concreto. Murió en el acto.

—Cuanto lo siento...

—Supongo que era el destino. Yo quedé inconsciente y me llevaron al hospital de la zona, donde me entablillaron este brazo, que estaba fracturado, y me curaron una herida que se me había hecho en la pierna, al clavármelo el cristal de uno de los faros de la furgoneta. Me tuvieron sedada veinticuatro horas. Cuando me desperté, me dieron la noticia. Yo no me lo podía creer. Me encontraba en estado de *shock*. Me quería morir. Llegué a desear haber sido yo la víctima mortal, antes de seguir viviendo en un mundo donde ya no estaba él. Pasé meses entre psiquiatras y antidepresivos, hasta que al final no me quedó más remedio que aceptar lo que había pasado. Asumí la pérdida y me dieron de alta. Entonces supe que a Esteban lo habían enterrado aquí, en Olmos Viejos, pero nunca hasta ahora me había atrevido a visitar su tumba. Simplemente volví a la casa de mis padres y allí me quedé, reclusa, sin ganas de ver a nadie. No digo que haya sido lo más correcto, cada una transita su duelo como buena mente puede y yo no encontré otra manera... Sin embargo, hoy se cumple un año del accidente y creo que es hora de hacerle una visita a esa tumba y despedirme de él como se merece, por haber sido una parte tan importante de mi vida. Una parte fundamental, inolvidable. Un recuerdo dulce y amargo, pero que ya no es más que eso, un recuerdo.

Por un momento vuelven a quedar en silencio. El sol ha comenzado a ocultarse, creando un particular juego

de claroscuros a ambos lados de la carretera. Sin dejar de mirar al frente, Martín comenta:

—Me alegra saber que has logrado superarlo en tan solo un año. Se trata de una pérdida muy importante, lo cual demuestra que eres una chica de gran fortaleza emocional.

—No creas que ha sido fácil. Como te decía, llegué a pensar que ojalá la hubiese palmado yo, era como si me sintiese culpable por haberle sobrevivido...

—No seas tan dura contigo misma. La vida continúa, tú no puedes ni pudiste haber hecho nada por evitar el accidente.

—Esteban tampoco pudo, eso es lo más triste. Él era quien conducía la moto, pero no fue culpa suya. La furgoneta apareció de la nada, como en un resplandor. Lo más raro es que desapareció casi de la misma manera. La policía se cansó de investigar, pero nunca consiguieron encontrar el vehículo ni a su conductor. Fue como si la tierra se los hubiese tragado.

—Qué cosa más extraña. ¿Desapareció, así sin más?

—Así sin más, desapareció.

—¿Y no volvió a aparecer?, ¿después de semejante impacto?... ¿Qué clase de furgo era?

—No lo sé, no llegué a verla bien. Fue todo muy rápido. Además, nos encandiló con las luces. Hubo un par de testigos, unos camioneros que estaban repostando en la gasolinera. Ellos fueron los que vieron la furgoneta, aunque estaban a cierta distancia, así que tampoco lograron ponerse de acuerdo. Uno dijo que se trataba de un modelo California clásico, al otro le pareció más bien un todoterreno tipo Land Rover...

Martín se sobresalta y desvía la mirada hacia la joven vestida de blanco que se sienta a su derecha.

—¿Un Land Rover? —dice extrañado—. ¿Quieres decir que se parecía a este mismo coche?

—¿Este es un Land Rover? —pregunta Moira pensativa—. O sea que... ¡Cuidado ahí! —exclama—. ¡Mira adelante!

El muchacho vuelve la vista al frente. Están entrando en la curva fatal. Al otro lado del parabrisas ven aparecer una moto montada por dos personas. Llevan puestos sus respectivos cascos, pero por el contorno de sus cuerpos pueden adivinar que se trata de una pareja joven. Cuando Martín los ve, ya están a escasos tres metros de su vehículo. Intenta dar un volantazo para esquivarlos, pero no tiene suficiente espacio para maniobrar y la motocicleta hace impacto contra el parachoques del Land Rover. Ambos motoristas salen despedidos, atravesando el guardarraíl y rodando colina abajo por el lado interior de la curva. Desde la gasolinera que está al otro lado de la carretera, dos camioneros que habían parado a repostar observan toda la escena como únicos testigos del infortunado accidente.

—¡Esos somos nosotros! —exclama Moira, señalando la curva que está comenzando a quedar atrás—. ¡Nosotros!, ¡hace un año!—. Gira hacia la derecha sobre su asiento para continuar viendo el curso de los acontecimientos por la ventanilla, pero una luz blanca de extraordinaria potencia le lastima los ojos, obligándola a apartar la mirada. Una luz enceguecedora, le recuerda al resplandor de los faros que vio en aquella curva un año atrás, poco antes de quedar inconsciente y de que su vida cambiase para siempre.

Martín consigue detener el vehículo sobre el arcén al finalizar la curva. Él y su acompañante descienden del todoterreno y regresan a la curva para intentar socorrer a las víctimas, pero descubren que ya no hay rastro del accidente. Enfrente, el empleado de la gasolinera está encendiendo el cartel luminoso para atraer a los clientes, ya que el sol acaba de ponerse. No hay coches ni camiones esperando a repostar. Cuando Martín se vuelve a mirar los daños sufridos, comprueba que uno de los faros delanteros del Land Rover está completamente destruido y hay una abolladura en ese lado del parachoques.

La policía ha cortado ese tramo de la carretera, desviando el tráfico por un camino secundario mientras el equipo de rescate se encarga de socorrer a los accidentados. A un costado del arcén, los camilleros de una de las ambulancias de los bomberos que han acudido al rescate intentan inmovilizar al muchacho para que no se siga haciendo daño en la pierna que tiene fracturada. Le preguntan si recuerda su nombre. Se llama Esteban. A pesar del sedante intravenoso que le aplicaron, aún se remueve intentando incorporarse mientras llora desconsoladamente. Los camilleros se colocan a su lado para impedirle ver el cadáver de la joven que yace bajo los restos de la moto, a unos diez metros de la carretera.

En la gasolinera de enfrente, un par de agentes policiales interrogan a los dos camioneros que presenciaron el accidente.

—No estaba yo tan cerca, pero pude llegar a ver una furgoneta que se llevó por delante a la moto. Luego desa-

pareció misteriosamente, no sé qué pudo haberle pasado.

—No era exactamente una furgoneta —lo corrige el otro testigo—, sino más bien un vehículo de esos todoterrenos con las ruedas altas...

—¿Por qué? —masculla Esteban mientras lo atan a la camilla, antes de ceder al fin a los efectos del somnífero—. ¿Por qué tuvo que ser ella? ¿Por qué no he muerto yo en lugar de Moira?

**BATALLA POR LA
SUPERVIVENCIA DE LA ESPECIE**

José Antonio Sánchez

José Antonio Sánchez es un docente gaditano a quien le gusta definirse como un cuentacuentos que encuentra en la imaginación y en el arte de narrar «maravillosos juguetes para descansar de la realidad y vivir esa otra vida que habita en nosotros desde niños».

A pesar de no escribir habitualmente ciencia ficción, no le ha sentido nada mal el desafío. El resultado es un relato ambientado en un apocalipsis mutante donde el tiempo es un obstáculo a salvar y la cultura, una mera declaración de intenciones.

28 de febrero de 3469, 15 horas 35 minutos 18 segundos y 20 milisegundos.

Eso, según el año solar.

Soy demasiado vieja para pelear, pero cuando la necesidad obliga, los años no son más que excusas de una mente realmente decrepita. Hace ya varios meses que luchamos por no sucumbir a la invasión. Éramos un pueblo pacífico, laborioso y tranquilo. Solo nos alterábamos por disputas familiares, sin mayor problema que terminar tomándonos unos refrescantes néctares de zarramo para dirimir nuestras diferencias. Ahora, con ineficaces armas en las manos, batallamos para no caer esclavizadas o perecer en la lucha.

—Capitana, la munición que abía, ya no la ay —me espeta una de mis soldados más elocuentes. El día no hace sino mejorar.

—Tranquila, sargenta. Mientras haya coraje habrá esperanzas. No podemos hundirnos con el primer problema que nos reviente en la cara.

—¿Problema primero, señora? Los víveres son fenecidos, para lavarse agua no ay y el enemigo, con su ostil ostigamiento, está ya tan cerca que... —Por la diosa D'Ondesté, qué difícil es entender a esta zagala.

—¡Soldado!, ¿has venido a informar o a conseguir que

me ponga a llorar?

—Lo siento señora. Es que tiempo ace que no comemos. Desde el tiempo en que se podía pasear sin que el tiempo se te hiciera eterno buscando en poco tiempo un sitio seguro dónde no te cogieran sin tiempo a esconderte y te mataran con poco tiempo para... —Por los cuernos de Ordandaré que no va a hacer falta una bomba para que me estalle la cabeza.

—¡Basta! Comida no habrá, pero la lengua la tienes tan larga que se podría alimentar con ella a todo el pueblo.

—Perdón, señora, por los nervios me aflijo. ¿Cuál las órdenes son?

—¡Agua, ajo y resina! ¡Yo no he inventado esta guerra!

—Esto... tampoco de eso tenemos, señora.

— No eres más trancasordio porque naciste un martes, si lo llegas a hacer un domingo, le dan un premio a tu madre. ¡Aguantarse, a joderse y resignarse! Monstrenca. Vuelve al pelotón y que nadie se entere de que tenemos menos perspectivas de supervivencia que una de tus neuronas en un vendaval.

—Sus órdenes, mi Capitona. —Esto lo ha dicho con mucha guasa y sarcasmo.

Ha salido corriendo a un pelo de que la deje calva de un guantazo. Me juego mis plumas a que no tarda ni un plis plas en contárselo todo a la tropa. ¿Tropa? ¡Qué ingenua soy! La última vez que las conté no llegaban a diez inocentes piezas de este triste e insignificante ejército.

5 de abril de 3472, 18 horas 0 minutos 0 segundos y 0 milisegundos.

Hemos recibido el impacto de otra bomba temporal. A este paso no llego a cotizar para la jubilación. Todos los relojes del bosque marcan la misma hora, de forma exacta y elocuente. Esto no puede significar nada bueno. ¿Tendré intacta la bilocación?

—Mi capitana, otro problema a abido. —Aquí no le da tiempo a una ni para tener incertidumbre.

—¿Qué pasa ahora Lenguaraz Smarty? —De aquí a unos minutos me sangran todas las orejas.

—Otras dos elementales muertas an zido. Una de vieja y la otra tras engullir un zimbordio de color castrulia—. ¿Y no podía haber caído la bomba justito en toda la mollera de la sargenta? Está claro, las diosas nos han abandonado.

—¿Cuántas quedamos, sargenta?

—¿Contándonos yo, usted y la diosa? Pues... —Sí, está contando con los dedos—. Semos cinco y media.

—¡¿Media?!

—Xasto, mi señora capitana. A Dorothy, la última bomba quedarse le a echo sin dos de sus brazos, una pierna, tres orejas y...

—Vale, vale... deja los detalles para el informe de la ambulancia. No le digas nada al resto de elementos, pero creo que de esta no nos salva ya ni un milagro de la Diosa Shastá. Reúne a toda la tropa que les voy a decir unas palabras.

—En realidad, señora, detrás nostra justo están. —La madre que la parió se podría haber dedicado a laborar en lugar de a reproducirse.

—Chicas —les digo mientras intento mantener la compostura y la voz firme y autoritaria. Necesitan aliento y brío. No es el momento de sembrar el pánico. Aunque

viendo sus caras, yo diría que no tengo que disimular—. ¡Ha llegado el momento que todas estábamos esperando! ¡Afilemos nuestras garras, calentemos todas nuestras piernas, brazos y colas, y salgamos a luchar sin miedo a la muerte! ¡La Diosa Veniconmi nos espera con sus treinta y dos extremidades abiertas!

Dicho esto, desenvaino mis uñas telescópicas, preparo mis cabezas de repuesto y me pongo a gritar como una Ulloctan, mientras lidero a lo que queda de mi tropa. Bueno, eso espero. Aunque prefiero no mirar hacia atrás y ver que no me sigue nadie.

—¡No me cogeréis viva, repugnantes humanos!

**MI PROPIA LEYENDA,
VIAJERO SIN TIEMPO**

Julián Sánchez Caramazana

Escritor, asesor editorial, periodista, educador social, actor, organizador de eventos... Decíamos en el primer número Pandurum que Julián Sánchez Caramazana había perdido la cuenta de los libros que escribió y los premios que ganó. Pues en estos pocos meses se han publicado no menos de tres libros suyos.

El cuento con el que nos honra en esta ocasión —escrito, premonitoriamente, algunos meses antes de la pandemia— trata sobre una Barcelona completamente desierta, aunque puede que el verdadero conflicto no sea ese...

A Richard Matheson

Barcelona, diciembre de 2019

Sólido, pulido, pensamiento certero, certeza indomable, irresistible, sin fragilidad. Lo sé. No, no estoy muerto. Soy yo. Sí, claro que sí, no existe duda. Conciso, concreto, espartano o hedonista. ¿Sibarita del silencio? No. ¿Estático en la urbe? Tampoco. A veces corro, recorro, camino, voy y vengo por la ciudad.

Sí, es seguro, no los veo y si no los veo es porque ya no están. Pero están, no siempre, esos otros que no son zombis. No hablan y son distintos a los que no están. Ahora pateo una mano cortada por la mitad a la que le faltan varios dedos. Con mis Martens nuevas la chafo, hago lo mismo con varios ojos y después salto sobre unas entrañas abandonadas, no sé por qué.

Sí, esta es otra certeza. No es anodino. Mi ropa se mancha, pero no importa; bajo al Zara y cojo unas cuantas camisas, un par de vaqueros y unas sudaderas, ifaltaría más!, ¿por qué?, pues porque sí.

Me doy un homenaje, otro más, y cojo un patín eléctri-

co y me salto las normas de circulación que ya no son necesarias. Todas y más. No me importa. Atravieso la Gran Vía dejando atrás la calle Roger de Flor, me meto por Nápoles y bajo por Sicilia hasta este bar de Fort Pienc.

Fort Pienc, mi nuevo barrio, que no mi tumba, desde el 30 de abril de 2019, ¡qué bien!

L'Estació del Nord a unos minutos. Me ilusionó esa idea, no lo niego. Estaba en pleno *chinatown* barcelonés, repleto de chicas guapas, mujeres bellas orientales y turistas a todas horas. Toda una comunidad china y... ¡mierda!, ahí hay unos cuantos, de los otros, de los que si están.

Les esquivo, bajo hasta la puerta del mercado, giro a la derecha, me pierdo por la pequeña rambla y voy hasta el Passeig de Sant Joan por Ali Bei. Entro en Kaburi y cojo unos cuantos juegos de mesa, los meto en una bolsa y ya dentro de Norma Còmics me pillo una decena de cómics de superhéroes.

—Aquí harían falta ahora —digo en voz alta. Nadie responde.

Tengo tiempo para leer, un tiempo extra, me sobra, algo que en abril no tenía. Un bonus track esbelto, diríase...

Me siento en un banco, el menos sucio, pateo un trozo de nariz y unos labios arrancados por alguna de esas cosas. Dejo una de las cremalleras de mi mochila abierta por si tengo que empuñar una de las dos Remington mientras

escupo a lo que tiene toda la pinta de ser un pedazo de rodilla. Me entretengo un rato disparando al tronco de un árbol con el subfusil Kalashnikov que me agencié en la armería del Raval, allí hay de todo.

Bueno, en unos minutos volveré a mi bar. Allí, sí, justo allí, donde ocurrió todo —si es que ocurrió algo— o dónde acabó y comenzó todo, ¿un viaje sin tiempo?

No hay modo de olvidarlo. Era un domingo, 14 de julio, la fiesta francesa. Había escuchado en un boletín informativo de Catalunya Ràdio lo del desfile en Francia, algo sobre una fuerza militar aérea española, alemana y francesa recién constituida y...

14 de julio de 2019 (cinco meses antes)

—Hola, Fusin.

—Hola, Gerard, hoy vienes muy talde.

—Sí, es cierto, me enredé con el ordenata nuevo.

—¿Ya te llegó?

—Sí.

—Me *aleglo*, ¿qué *quieles*?

—Un bocadillo de salchichas del país sin queso y una Coca-Cola clásica.

—Vale.

Gerard saluda a otras dos chicas chinas y al cocinero. Una de ellas entra y sale del local atendiendo a las dos terrazas entre un ensordecedor bullicio. Hay un par de tipos en las tragaperras y los tres hijos, muy pequeños, de Fusin más una decena de clientes, repartidos entre los taburetes y las mesas, con sus correspondientes consumi-

ciones de refrescos, tapas y bebidas alcohólicas, predominando las cervezas en botella de diferentes marcas, como a él le gustan.

Cuando sale del lavabo, el ruido del agua tras tirar de la cadena y el del aire acondicionado —a máxima potencia, dada la ola de calor de este año—, le reciben de modo ensordecedor. Gerard se sienta en una de las sillas de su mesa preferida, un tanto atribulado y desmayado por el calor. Durante los dos primeros minutos, casi cinco, le parece que todo está normal, pero cuando el reloj rebasa las 17:10 algo le altera, le indica una avería en el espacio. En ese mismo momento percibe su entorno:

No hay imagen en el televisor —siempre encendido— y eso que hoy estaban emitiendo en directo una de las etapas del Tour de Francia. No tiene, a su vez, la Coca-Cola ni el bocata en la mesa. Las máquinas tragaperras no funcionan, su ruido característico brilla por su ausencia en el ambiente, nadie juega sus monedas. Entonces lo descubre. Gira su mirada a la izquierda, tampoco está Fusin ni las dos camareras ni los hijos pequeños de su amiga y en las dos terrazas no hay nadie, en la calle, a uno y otro lado hasta donde alcanza su mirada, no existe la gente, está desierto.

Nadie en la calle ni en el bar o en el interior de la cocina, ningún ciudadano, los coches detenidos en situación poco ortodoxa, abandonados, su interior desocupado. También ve patinetes eléctricos tirados en el suelo y bicicletas contra las paredes, caídas, carritos de bebé parados, sin nada dentro, mochilas, maletas en el suelo, ino hay nadie en la calle!

Gerard se había metido en el lavabo y cuando ha salido

todo el mundo ha desaparecido. No entiende nada. Camina, retrocede sobre sus pasos...

—Hola, ¿hay alguien?, ¿es una broma?, ¿dónde estáis?, ¿qué pasa?

Y camina y camina, horas y horas por las calles de la ciudad, conduce coches que están en marcha y define, constata, que la ciudad está vacía de gente y vacíos los camiones, los vagones de metro, los autocares de la estación del Nord, los autobuses detenidos en las paradas o delante de un semáforo o cruzados entre otros vehículos.

Los siguientes días del mes de julio, entra en diferentes edificios de distintos barrios. Descubre que, uno tras otro, están vacíos. No hay nadie en las casas, en las tiendas, los bares, supermercados, oficinas, comercios diversos. No hay gente en la ciudad, no cree que haya gente en el mundo.

Gerard no comprende, cree que se trata de una pesadilla; es raro, insólito. Y planea un viaje por España durante este verano para liberarse de las primeras tensiones, aunque pasados unos días considera que, con el calor que hace, mejor lo traslada al otoño.

Con el tiempo, Gerard no llora, no se siente triste ni se estresa, no tiene problemas para comer ni para cubrir el resto de sus necesidades básicas. Almacena alimentos en su casa y en neveras y congeladores de varios pisos a modo de puntos estratégicos, también guarda armas blancas y de fuego y él siempre lleva algunas encima, con munición. En la ciudad funciona todo menos que haya gente.

Jueves, 25 de julio de 2019

Ese día vio por primera vez a esos otros. Al principio estuvo a punto de acelerar el Buick que cogió de un concesionario el lunes, frenar, bajarse y correr hacia ellos y abrazarles, pero no lo hizo.

Detuvo el vehículo, miró, hizo alguna fotografía con uno de los móviles —tenía en su poder un centenar o más— y también lo grabó.

Eran una decena, dos arrancaban los brazos de un tercero y le golpeaban con ellos hasta conseguir que se doblegase, tratando de arrancarle la cabeza a cuatro manos. Un par más, a escasos pasos, se daban cabezazos el uno contra el otro y una mujer mordía los testículos a un tipo al que había conseguido quitar los pantalones. A la derecha de ella, varios pisoteaban las caras, vientres y piernas de unos cuantos más.

Se quedó fascinado, quieto, observó más, mucho más. Unos seis, más a la derecha, habían conseguido mutilar a una chica y sostenían como trofeos partes del cuerpo, pero no las mordían, no las masticaban, no tenían hambre, no eran zombis como había temido, ¡qué va!

Aquel grupo era más belicoso, sostenían manos, dedos, corazones, huesos, trozos de hígado o de pulmones, carne, querían quitárselos entre ellos, se golpeaban con su trofeo y no cejaban en el empeño.

Se sorprendió a sí mismo barriendo a balazos el perímetro de seres humanos, tal vez enfebrecidos, con varias de sus Mac 11, unas pistolas ametralladoras que le parecían una delicia. Disparó al bulto formado de los cuerpos,

les atravesó sin piedad, bajó del coche llegó hasta ellos y les remató con balazos en la boca, la entrepierna, el pecho, ráfagas cortas o largas, daba igual. Y morían, así que quedaba claro que no eran zombis.

La posterior hoguera fue un tributo a él mismo, a su propia leyenda.

Diciembre de 2019 (de vuelta al presente)

No, no estoy muerto. Sí, estoy solo, esos son o están como si no existieran. No sé ni sabré nunca, es un misterio —o eso parece— qué es lo que ha ocurrido. No hay gente en otras partes. Algo pasó y se los llevó por delante. Yo no escuché, aquel día de julio, nada desde el interior del lavabo. Tan solo desaparecieron.

Me gustaba Fusin, eran divertidas sus hermanas y los niños, pero ya no están, no queda nadie, es lo que hay. La verdad es que no me importa ni una mierda. No me falta de nada. Me cambio cada día de ropa, como en los mejores sitios y haré el viaje con una de esas caravanas que molan tanto.

¿Dónde iré? No tengo ni puta idea. Pero ahora quiero hacerme unas bravas en mi bar favorito, como si se las preparara yo a Fusin.

Dicho y hecho. Gerard deja el monopatín sobre una de las mesas. Guarda un par de revólveres en cada bolsillo de sus bermudas y antes de entrar a la cocina decide ir al lavabo, tras activar una alarma especial que ha creado por si en-

tran algunos de esos tarados.

Transcurren cinco, diez, quince minutos, un par de horas. El restaurante sigue vacío, nadie sale del lavabo. Pero Gerard, tres horas después, vuelve a entrar en el local con ganas de comerse una de bravas. Pero antes decide entrar al lavabo —empuñando una de sus Mac con la diestra por si acaso— y no sale nunca más.

Cuando anochece, Gerard vuelve a entrar en el restaurante con ganas de cenar algo tras volver a Kaburi, tras pasar un rato en Gigamesh...

EVA

Juan Carlos Fernández

Conocimos a Juan Carlos Fernández en nuestra edición anterior y probablemente el lector haya leído alguna de sus novelas —¿Quién dijo miedo?, Después del fin y La chica de Venus, entre otras—. Al tiempo que escribo estas líneas, acaba de ver la luz su libro de relatos Pesadillas en serie B, donde no deja de sorprendernos por la evolución de su ya de por sí buen oficio a la hora de contar historias. Es de los autores por cuyo estilo sentimos mayor afinidad y seguramente lo seguiremos viendo asiduamente por estas páginas.

El relato elegido para esta ocasión permanecía inédito hasta ahora y preferimos dejar que sean ustedes quienes descubran, leyéndolo, el tema de su argumento.

Los viajes temporales no eran de placer, sino de estudio. Los vehículos tenían dispositivos de invisibilidad que permitían a sus ocupantes observar sin ser vistos. Se mantenían a unos metros del suelo, encerrados herméticamente y sin poder interactuar con el entorno. Pese a ello, a veces había accidentes y el vehículo temporal se desintegraba, previa expulsión de su ocupante que quedaba atrapado en un pasado muy remoto. Entonces enviaban otro vehículo especial, con la capacidad para varios individuos, en misiones de rescate.

El teniente Marcus estaba especializado en este tipo de misiones. En la última que le habían encomendado debía encontrar a Eva, una joven y prestigiosa paleontóloga obsesionada con la prehistoria y la evolución humana. Esto abarcaba un periodo demasiado amplio de tiempo y que aquellos humanos primitivos carecieran de escritura complicaba enormemente las cosas. Sin embargo, al revisar los viajes anteriores de la científica, había podido reducir la búsqueda a una época y lugar determinados y, tras varios intentos, por fin se atrevió a aterrizar el vehículo y esconderlo tras unos arbustos.

Las señales eran claras, cerca de aquel lugar había un asentamiento humano. Preparó su arma en modo aturridor por si era atacado, lo último que quería era alterar de algún modo el curso de la historia matando a quién no

debía. Cuanto más atrás viajara, mayor era el riesgo de alterar el curso de la historia.

Al observar más de cerca aquella tribu primitiva, notó algo de lo más extraño. La mayoría de ellos, tenían un aspecto extremadamente simiesco, tal como se veía en muchos documentales, sin embargo, parecían conocer la forma de hacer un buen fuego y fabricaban armas y utensilios muy sofisticados. Otros tenían un aspecto más parecido al del homo sapiens actual, como si allí se estuviera produciendo un tremendo salto evolutivo. Del interior de una de las cuevas se asomó una anciana a la que todos veneraron. El pelo blanco y muy largo le cubría el rostro. Apoyaba su enclenque cuerpo cubierto de pieles en una gruesa y retorcida rama a modo de bastón. Uno de los jóvenes de aspecto más humano se acercó a ella para ayudarla y pareció decirle algo. Tras esto la vieja se apartó los cabellos y miró en la dirección de Marcus.

A pesar de la distancia creyó ver en aquellas facciones a la mujer que estaba buscando. El corazón le dio un vuelco. Debía conseguir muestras de ADN para confirmar que aquella anciana era realmente Eva. Se adentró nuevamente en la jungla en busca de la seguridad de su vehículo, donde se alimentaría y descansaría un rato a la espera del momento oportuno.

Esa noche, vestido completamente de negro y armado con su pistola aturdidora volvía a dejar la seguridad que le otorgaba su vehículo espaciotemporal para adentrarse en la oscura jungla hasta llegar a aquel asentamiento cercano a las montañas.

Una hoguera cercana a la entrada de una de las cavernas delataba el lugar donde estaba su objetivo. Al lado del fuego una figura cubierta de pieles hacía guardia para alertar al resto de la tribu de cualquier peligro. Marcus apuntó con su arma y se disponía a disparar cuando algo le golpeó en la cabeza haciéndole perder el conocimiento.

Lo primero que notó al despertar fue el calor del fuego. Al abrir los ojos vio una figura cubierta de pieles que parecía velar por su sueño. Se palpó la maltratada cabeza, alguien había cubierto la herida con hierbas y hojas que, extrañamente, le calmaban el dolor.

La figura sostenía en la mano el arma con la que él había llegado. Los largos pelos grises tapaban el arrugado y moreno rostro de la anciana y parecían fusionarse con las pieles que le cubrían el cuerpo, sin permitirle confirmar o descartar sus sospechas.

—¿Eva? —preguntó dudoso—. Eva, soy el teniente Marcus, he venido a rescatarte.

La anciana se apartó los cabellos y esbozó una leve sonrisa.

—¿Mmm... Marcus? —Titubeó ella devolviéndole el arma

—¡Sí!

—Ta-tarde, mucho, muy tarde —la sonrisa se había esfumado de la cara de Eva que trataba de recordar un idioma casi olvidado.

—No, nunca es tarde, tengo una máquina del tiempo, ¿recuerdas? Puedo retroceder al momento en el que caíste en esta época y nunca tendrás que pasar por todo esto.

—No, dejarme aquí. Yo contaré mi historia, tú entenderás y te marcharás.

A medida que Eva hablaba y recordaba, su lenguaje se fue volviendo más fluido y empezó a relatar lo que había vivido.

En el anterior viaje que hice, siempre por la misma zona me encontré con que los humanos estaban muy desarrollados, ya empezaban a construir armas sofisticadas en lo que parecía el comienzo de una floreciente civilización. Sin embargo, en mi último viaje, apenas un siglo y medio atrás, no encontré ni rastro de esa humanidad; casi parecían simios que, cubiertos con pieles de animales y comiendo carne cruda, nada tenían que ver con sus descendientes. Era algo incomprensible, casi como lo que pregonaban aquellas absurdas teorías de antaño que atribuían el progreso humano a alguna ayuda externa. Aquello me frustró hasta el punto de querer manipular los controles de la máquina para desplazarme unas décadas hacia adelante ignorando la programación predefinida del vehículo. Conseguí mi propósito, pero a un elevado coste ya que, al manipularlo se averió y quedé atrapada en esta época apenas unas décadas más tarde de lo debido. El vehículo de rescate si es que llegaba, me buscaría en el momento equivocado.

En cuanto a los seres a los que había estudiado con tanta fascinación, ahora me asustaban. Prefería mantenerme lejos de esos trogloditas, sin embargo, los peligros son innumerables. Busqué una cueva donde poder refugiarme, hice fuego y cacé usando trampas. Mi ropa, aunque muy resistente fue acusando el desgaste. Para colmo, esto no lo supe hasta más tarde, empecé a ser espiada

por uno de aquellos a los que había estado observando y de los que intentaba mantenerme alejada. El pobre no sabía si pertenecía a su misma especie ni mucho menos mi sexo a pesar de que mis ropas estaban cada vez más harapientas.

Un día especialmente caluroso, las cristalinas aguas de lo que parecía una idílica laguna me desvelaron un rostro sucio y demacrado por las últimas penalidades sufridas y decidí ponerle remedio. Hacía mucho que no me desprendía de mis mugrosas ropas para darme un buen baño y aquellas aguas invitaban a ello. Dejé que el agua fría se llevara consigo toda la suciedad desvelando sin saberlo mi verdadero aspecto al salvaje.

Pero aquel lugar idílico ocultaba otros peligros... Escuché un grito humano y vi al salvaje abalanzándose sobre mí armado de lo que parecía una afilada lanza. Asustada me di la vuelta para intentar huir y me topé de cara con la verdadera amenaza. Una enorme serpiente venía hacia mí a toda velocidad. Ya se alzaba enorme como era y dispuesta a atacar cuando la afilada punta de la primitiva arma le atravesó la cabeza. Salí del agua con el corazón a mil y busqué mi ropa, pero antes de que pudiese alcanzarla el enorme reptil cayó sobre mis pies. Me giré cubriendo mi desnudez con las manos mientras el salvaje reía ante la inesperada caza.

Nuevamente busqué mi ropa, pero antes de poder cogerla el salvaje me agarró del brazo y me arrastró por la fuerza hacia sí. Forcejeé intentando librarme de su enorme manaza, pero lo único que conseguí fue que me diera un guantazo que casi me desmonta. Luego, como si yo misma fuera una pieza de caza, me alzó sobre uno de

sus hombros. Sobre el otro, cargó con la serpiente.

En ningún momento hizo caso de mis gemidos. Solo me soltó cuando llegamos al asentamiento y algunos miembros de la tribu se encararon con él. Aquel habría sido el momento oportuno para huir, pero había despertado la curiosidad de otras mujeres y de los niños que había allí. No era mi desnudez lo que les llamaba la atención, ellos apenas llevaban unas pieles encima, cuando llevaban algo, sino mi aspecto. A pesar de ser de origen africano mi piel no era tan oscura como la suya, ni había estado tan expuesta al clima.

El miedo me mantenía paralizada.

Cuando mi salvaje terminó con su disputa volvió a sujetarme por el brazo y me arrastró al interior de una de aquellas cavernas. Tumbándome sobre un montón de pieles, se desprendió de su taparrabos exhibiendo su erecto miembro. Yo intenté evitar lo que estaba a punto de ocurrir defendiéndome con brazos y piernas, pero él era mucho más fuerte, así que me dio la vuelta para encontrar menos resistencia y me violó. No te mentiré, en aquel momento deseé morir. No sé cómo hizo mi mente para desconectar de la realidad, tanto que apenas noté que me había vuelto a poner de frente y ya me penetraba por segunda vez, ahora sin que yo tuviera fuerzas para resistirme.

No sé cuánto duró aquello. Después fui atendida por las mujeres de la tribu, que se encargaron de cubrir mi cuerpo con pieles y de alimentarme con frutos y la carne cruda de serpiente y de otros animales que yo rechazaba.

Durante días estuve muy débil y casi me doy por vencida. Pero finalmente el instinto de supervivencia se im-

puso sobre el deseo de muerte y terminé aceptando lo que me estaba ocurriendo. Ese día, a pesar de mi estado, tuve por fin fuerzas para salir de la cueva. No intentaron detenerme y podría haberme ido de allí sin que nadie lo impidiera, pero ¿a dónde?

Ante la estupefacta mirada de aquellos salvajes reuní algunos pedruscos, hojas y hierba seca y empecé a golpear dos piedras haciendo saltar chispas hasta que conseguí hacer un fuego. Luego cogí un trozo de carne. Uno de los hombres quiso impedirlo, pero mi salvaje llegó al rescate. Ensarté la carne en un palo y empecé a cocinarla. Cuando estuvo bien hecha la devoré con apetito y para mi asombro otras mujeres me imitaron.

Aquello fue solo el principio. No sé cuánto tiempo llevaba allí dejándome someter ya sin mucha resistencia, pero ese día noté cómo en mi vientre se estaba gestando una vida y acepté mi destino sin esperar ya rescate alguno.

Pronto empecé a olvidar el lugar del cual provenía y al que ya no regresaría. De esa vida solo rescaté los conocimientos que podían serme de utilidad. Conocimientos sobre plantas que empecé a enseñar a los otros miembros de la tribu de la que ya me consideraba una más y que me hicieron ganar respeto tanto hacia mí, como a mi salvaje.

Durante todos estos años he tenido muchos hijos e hijas con la inteligencia de su madre y la fuerza y resistencia de sus padres. Sí, mi salvaje murió en una partida de caza al cabo de los años y otro hombre, líder de la tribu, tomó su lugar. Ya hacía tiempo que había dejado de rechazar el sexo con ellos, a pesar de la resistencia y re-

pugnancia que pudiera generarme al principio.

Como te decía, mis hijos e hijas también se han mezclado y los avances han sido sorprendentes. Les estoy enseñando los rudimentos de la agricultura y la ganadería. Cuando yo ya no esté, este asentamiento habrá dado un gran salto evolutivo... El mismo que pude observar en mi viaje anterior.

¿Entiendes la razón por la que no puedes regresar atrás para rescatarme?

El teniente Marcus miró atónito a la anciana sin dar crédito a la historia que acababa de oír.

—Eva... Realmente no sabes si eres tú el origen de la humanidad tal y como la conocemos. ¡No puedes estar tan segura!

—¿Y tú sí de lo contrario?

—¡Claro! En cuanto te rescate y regresemos al futuro con tu versión joven, ella podrá comprobarlo por sí misma. Es más, me estará agradecida por ello.

El hombre se levantó y se adentró en la jungla, emprendiendo el camino de regreso a su vehículo para cumplir su misión, tal y como lo había prometido. La primera lanza se le clavó en una pierna y otra más en el costado, Marcus se dio la vuelta apretando el gatillo de su arma, pero esta había sido desactivada por Eva mientras él estaba inconsciente. Una nueva lanza le atravesó el corazón acabando definitivamente con su vida.

Minutos más tarde algunos cazadores devolvían el cadáver del teniente Marcus al vehículo temporal. Eva entraba por última vez a aquel artefacto perteneciente a una época que ya no era la suya y apretaba el botón de auto-destrucción. Alejándose después a una distancia prudencial, pudo ver estallar destruyendo toda esperanza de rescatar a la persona que una vez había sido.

EL SECRETO MEJOR GUARDADO

Claudio Díaz

Claudio Díaz es uno de los autores que más nos enorgullece contar entre nuestras filas. Con un estilo narrativo sólido y compacto, no hay elementos superfluos en sus relatos, demostrando además un gran dominio de los tiempos y de la acción.

A pesar de esta descripción aparentemente tan técnica que estoy haciendo, en el fondo muchos de los cuentos de Claudio Díaz consiguen sacudir al lector no solo sorprendiéndolo —que también—, sino tocándole la fibra, conmoviéndolo. Si no me creen, averigüen por ustedes mismos cuál es El secreto mejor guardado y luego lo comentamos.

Caius Severus Gracchus corría con todas las fuerzas de que era capaz para escapar de sus perseguidores. Con cada bocanada de aire frío y punzante agradecía las horas de entrenamiento semanales que no había descuidado. Pero era cuestión de tiempo que lo atraparan, eso lo sabía con seguridad. Sus enemigos no se cansaban.

Mientras corría, analizaba la validez de sus acciones. Quería convencerse de que sus actos habían tenido un fin noble, una justificación. Pero seguía siendo un delito según los parámetros de sus superiores y la fuga había sido la única posibilidad a su alcance para retrasar el castigo.

Por supuesto, su nombre de nacimiento no era Caius, pero se le había dado junto con la misión y se había acostumbrado a él. El alto mando de inteligencia temporal, celoso vigilante cuya tarea era evitar cambios en el entramado de las eras, lo había enviado a la Roma Imperial de fines del siglo I para documentar la vida y costumbres verdaderas de la población, así como rescatar del olvido los documentos perdidos de la época.

Su tarea era sencilla. Gracias a la red de nanomáquinas que todo agente llevaba implantada en su organismo, podía grabar cada discurso que presenciaba en el foro, fotografiar cada papiro que adquiría en el mercado y escanear cada escultura que el genio romano había dado al mundo. Para ello le habían otorgado una pequeña villa en las afue-

ras de la ciudad, en la cual podía realizar su trabajo junto a algunos de sus colegas, enviar la información a través de las ondas paratemporales y mantener un perfil bajo entre la población cosmopolita de Roma.

Pero no había podido evitar quebrar las reglas. Si lo atrapaban —algo muy probable—, lo enviarían a la prisión más segura de todos los tiempos, edificada a mediados del paleozoico y aislada del resto de las puertas temporales para evitar cualquier intento de fuga. Porque sus perseguidores, amparados en la oscuridad de la noche y cubiertos por un campo de fuerza enmascarador, eran drones veloces dotados de brazos mecánicos muy capaces de apresarlos. Una vez en sus garras, el salto al pasado estaba garantizado.

Su mente, necesitada de humor para evitar rendirse, encontró una similitud graciosa entre su situación y la de aquellos a los que había ayudado. Bueno, quizás los cristianos enfrentaban una muerte terrible en el Circo Máximo, mientras que él, gracias a las glándulas de longevidad que trabajaban dentro de sus tejidos, pasaría miles de años atrapado en Gondwana, un continente pretérito poblado tan solo por plantas, insectos primitivos y otros condenados.

Y, sin embargo, pese a todos los condicionantes previos y castigos posteriores, los elementos disconformes seguían apareciendo dentro de la organización. Recordó a Hans Gutenberg, su compañero de estudios, encarcelado hacía un año por rescatar prisioneros de los campos de concentración. Había sido hallado culpable y condenado en tiempo récord con toda la promoción posible. Ni los agentes de las épocas más remotas habían quedado ajenos

a la noticia. «No se puede jugar con el continuum temporal», había sido la gran moraleja.

Recordó también lo que había sucedido con Massimo Uggeri, condenado con la misma celeridad y publicidad que el anterior por haber rescatado de la hoguera inquisitorial a varias mujeres italianas anónimas, condenadas por conservar y transmitir tradiciones oscuras y conocimientos herborísticos que se remontaban a los tiempos de la antigua Tesalia. Massimo había llevado su delito mucho más lejos al mantener un romance tórrido y apasionado con una de las mujeres rescatadas, Mina, una joven con la cual formaron esa dupla audaz y temible que los agentes llamaron, a espaldas de sus jefes, los «Bonnie and Clyde de la corriente temporal». ¡Qué increíbles rescates habían logrado mientras les duró la libertad! Aunque ahora habían sido borrados de los registros, Caius había visto las referencias a los barcos negreros interceptados, a la asistencia prestada a los enfermos de la peste negra que diezmó Europa y a la ayuda brindada a los refugiados de Carthago tras la victoria de los romanos.

«No se puede jugar con el continuum temporal», volvía a ser el lema. Pero Caius sabía por experiencia propia que era imposible mantener la sangre fría ante la injusticia. Lo supo cuando tuvo que registrar la muerte de numerosos condenados en la arena del circo bajo las garras de las fieras africanas, evento que tanto deleite producía a los espectadores. Liberar a los esclavos restantes bajo los sótanos de las instalaciones fue pan comido para un viajero temporal. Para los pobres condenados, en cambio, fue como presenciar la aparición de un ángel flotante que irradiaba luz y fundía las cerraduras con sus manos.

El fin de la zona boscosa lo trajo a la realidad y le hizo frenar en seco. La noche cerrada y sin luna le ofrecía una oportunidad. Quizás pudiera cruzar el descampado sin ser detectado y alcanzar Ostia antes del amanecer, esconderse en algún barco pronto a zarpar y llegar a Siracusa, donde sabía que había otro punto de salto. Sí, quizás...

Pero no pudo. Apenas había dado unas cuantas zancadas cuando los drones, que habían volado alto para barrer más terreno, descendieron y lo rodearon por completo. El fugitivo recurrió a la única opción que le quedaba y apuntó con sus manos a los más cercanos, intentando lanzar una andanada de pulsos que fundieran los circuitos de la misma manera que habían fundido las rejas de los condenados. En vano, ya que a sus espaldas surgieron dos brazos metálicos que lo inmovilizaron.

A diferencia de los agentes, los drones de captura podían enlazar sus campos magnéticos para generar una puerta temporal. El salto en sí no era doloroso, más bien era como un arrullo al sistema nervioso y un masaje dado a los músculos. Pero su cerebro se llenó de dolor por la seguridad de haber perdido la libertad y la posibilidad de continuar corrigiendo las injusticias que otros llamaban males necesarios.

Apenas segundos después, cautivo y captores se materializaron en medio del recinto-prisión paleozoico. Sus ojos resultaron encandilados por la luz del mediodía, generada por un sol conocido y a la vez más joven. Contrastes que solamente ocurren al viajar en el tiempo. Cayó al suelo en cuatro patas cuando los brazos del dron lo soltaron. Tras dar varias bocanadas de aire, se incorporó a tiempo de ver cómo los robots de captura echaban chispas

y chirriaban para luego caer al piso de tierra.

Con la mano sobre los ojos buscó una explicación, pero fue grande su sorpresa cuando vio que las puertas del recinto se hallaban abiertas de par en par y que afuera se percibían, bajo la luz refulgente, campos labrados, risas y gritos. Varias personas corrieron hasta donde se hallaba. Uno de ellos le ofreció el hombro para apoyarse, otros lo guiaron hacia las escaleras del edificio principal. Ninguno de ellos tenía uniforme de guardia. Lo último que oyó antes de perder el conocimiento fueron las palabras del que lo sostenía:

—Amigo, qué bueno es verte otra vez. Soy Hans, ¿me recuerdas?, Hans Gutenberg...

Recobró el sentido poco después y se encontró reclinado sobre un gran sofá ubicado en medio de una sala de estar que había sido la oficina del encargado del presidio. La cantidad de plantas con flores, algo insólito en esa era, y la variedad de esculturas presentes desconcertó al fugitivo. Cerca del ventanal principal había un escritorio blanco y despejado sobre el cual se desplazaba un gato con pasos cortos y prudentes. Su pelo ralo y un par de colmillos menos le indicaron que tenía muchos años, aunque su aspecto era bastante limpio y saludable. Tras el escritorio, vestido con ropas livianas y coloridas que le daban el aspecto de un veraneante, un anciano de semblante sereno le sonrió desde el sillón de mimbre y lo invitó a acercarse con un ademán.

Caius se puso de pie con recelo. Recorrió con la vista todo el recinto antes de atreverse a dar un paso.

—Tranquilo —le dijo el anciano—. No hay guardias. No eres un prisionero.

—¿No estoy en el paleozoico? —preguntó, aún alerta.

—Sí, por supuesto. Aquí te han traído los drones, como su programación lo exigía. Pero digamos que en las últimas horas hubo un... «cambio de gerencia» en la prisión. De hecho, este cambio ha ocurrido también en algunas de las puertas principales, como la de Alejandría en el Egipto de los Ptolomeos y la de Babilonia en su etapa de esplendor.

El viejo hizo una pausa para tomar al gato, colocarlo en su regazo y dedicarle unas caricias. A Caius le recordó esos villanos del cine que confiesan sus planes maquiavélicos frente al héroe antes de enviarlo a la muerte, aunque lo que dijo a continuación alejó ese pensamiento.

—Algunos de mis colegas prefieren llamarlo insurrección. Otros, los más jóvenes, lo llaman revolución. Lo cierto es que éramos muchos los que estábamos descontentos con el alto mando de «desinteligencia» temporal que nos impedía actuar en beneficio de nuestros antepasados o enmendar los errores de otras épocas. Y cuando descubrimos el gran secreto que guardaban, decidimos por fin tomar cartas en el asunto y desafiarlos. Aún queda trabajo por hacer, pero esperamos que las pocas bases que todavía se aferran al viejo orden cambien de parecer.

—¿Gran secreto? ¿Qué gran secreto? —preguntó Caius. El viejo decidió dar un rodeo verbal antes de responder.

—¿Sabes quiénes neutralizaron a los drones que te trajeron aquí? Los «Bonnie and Clyde de la corriente temporal», tal como lo oyes. Lo cierto es que el encargado de la operación de rastrearlos y capturarlos fui yo. Nunca

fueron prisioneros de verdad.

—¡Hans! —recordó Caius—. Estaba allí también. Pero ¿cómo es posible que esto haya ocurrido bajo las narices del alto mando?

—Eso es lo mejor de los viajes en el tiempo. Algo similar al famoso gato de Schrödinger. Por supuesto, el alto mando temporal lo mantuvo en secreto. Fue gracias a un científico desterrado al paleozoico, llamado Juan Solís, que supimos la verdad.

—¿Qué verdad? —preguntó el joven, con la esperanza renovada.

—«No se puede jugar con el continuum temporal» era un dogma aceptado por todos. Y con este dogma impreso en piedra nos ataron de manos durante mucho tiempo. Pero también es un hecho que, aquello que no se ha registrado, es territorio desconocido. Aunque hayan pasado semanas de un suceso terrible, mientras no se conozca el desenlace se puede viajar hasta el momento clave y cambiar su resolución.

—Como el famoso gato...

—Así es, muchacho. Es lo que te decía. Los gerifaltes del alto mando pensaron que tenían todo bajo control. Nadie puede viajar al pasado para matar a Hitler o a Colón, a Pasteur o a Da Vinci, porque cambiaría el pasado, decían los muy mentirosos. Hasta que Solís y su colega Levasseur probaron la inmutabilidad del tiempo con sus ecuaciones, hecho que fue acallado y guardado bajo llave. En resumen, el enunciado final es algo así: «la energía necesaria para cambiar el estado de la materia en el pasado es directamente proporcional al tamaño de la materia en cuestión». Así, una molécula en el pleistoceno puede

verse afectada si utilizamos toda la energía producida por el sol en un año, mientras que, para cambiar el destino conocido de una persona de la antigüedad, se necesitaría recolectar la energía de varios universos.

—Entonces, no es posible trastear con el pasado por más que lo intentemos. Hagamos lo que hagamos, ya está escrito.

—Así es, no es posible. Un secreto muy bien guardado. De otro modo habríamos reído mucho al enterarnos del tropiezo literal que un agente temporal sufrió cuando intentó evitar la derrota de Napoleón —rio el anciano—. El pobre resbaló una y otra vez sobre el barro del campo de batalla y le fue imposible asistir a los franceses, a pesar de contar con armas modernas para la época.

—Increíble —alcanzó a decir Caius. Luego, tras pensar un poco, agregó—: Hans quiso liberar prisioneros de la segunda guerra mundial y lo consiguió. Massimo quiso evitar la quema de brujas y también lo logró. Los registros históricos no se vieron afectados.

—Por supuesto. Nada lo impide mientras el destino de esas personas no esté escrito. Ahora podemos hacer justicia. Rescatamos víctimas de terremotos, recuperamos aviones desaparecidos, liberamos inocentes condenados... todas víctimas anónimas de los eventos históricos. Y recuperamos agentes de las manos de los drones para que se unan en nuestra cruzada.

—Y usted, ¿qué fue lo que hizo que lo impulsó a desafiar a las autoridades? ¿Qué quijotada quiso realizar?

—Oh, no, lo mío no fue una quijotada. Al contrario, fue muy egoísta —respondió mientras acariciaba al gato—. Está bien, ya que me mira de ese modo se lo contaré. Al

fin y al cabo, detesto los secretos. Verá, de niño tuve un gato. Lo quería mucho. Vivió conmigo muchos años, éramos muy unidos. Hasta que un día, durante mi adolescencia, desapareció. Supuse que había muerto y me preocupé por no saber dónde o cuándo. El tiempo cura las heridas, pero en mi subconsciente aún ansiaba saber qué le había pasado. Por eso, cuando fui nombrado agente, comencé a tejer los hilos que me permitieran cuestionar las ideas del alto mando. Llevó décadas, pero al fin pudimos liberarnos de las trabas impuestas.

Hizo una pausa, visiblemente emocionado.

—En cuanto la insurrección tuvo éxito, me tomé unas horas de descanso y regresé a mi adolescencia. Me cole en la antigua casa familiar, al amparo de la noche, el día en que desapareció mi mascota. —Hizo un alto y tragó saliva. Tenía los ojos húmedos. Abrazó muy fuerte al gato y terminó—: Y lo traje conmigo.

**NO TE CASES CON
LA MADRE DE TUS HIJOS**

Iván Guevara

Ya he confesado en el prólogo que soy yo quien escribe estos textos, así que no cometeré ante ustedes el desatino de hablar bien de mí mismo.

El relato que cierra esta antología bien podría leerse como un cuadro teatral. Se basa en una de las tantas ideas anotadas en cuadernitos que rondan mi estudio durante años y a las que rara vez les llega el momento de ver la luz. Aprovechando la temática del libro, me decidí a usar esta idea siguiendo un consejo de mi admirado Leo Masliah: escribí toda la historia tal como estaba montada en mi cabeza, pero al acercarme al desenlace, cambié el final que tenía pensado por otro. ¿El resultado? Júzguenlo ustedes mismos.

—Pues claro que te amo y quiero casarme contigo —dice Christian—, ¿qué clase de pregunta es esa? —Hace una pausa para escuchar la respuesta de la muchacha—. Está bien, no lo hemos buscado, pero el niño está ahí, esa es la realidad. Y, aunque no hubiese sido así, igual te hubiera propuesto matrimonio, es que no me arrepiento de nada. —Escucha—. Jamás lo permitiré. Mi hijo no crecerá sin un padre, como me pasó a mí. Tú eres la última persona que debería dudarlo... —Las palabras de Míriam se vuelven juguetonas—. Lo siento, pero no vas a librarte de mí tan fácilmente... —Sonríe—. Pues haberlo pensado antes, ahora es demasiado tarde, estaré a tu lado todos los días de tu vida. —Le sigue el juego, bromea con ella, la escucha, replica—. Yo también te amo —dice al fin—, que duermas bien.

Y cuelga la llamada. En ese momento, nota que la intensidad lumínica del estudio disminuye abruptamente.

—Eso no es verdad —dice una voz desde la oscuridad—. No es verdad que la ames y sería un error que te casaras con ella.

—¿Y tú quién eres? —pregunta Christian, sobresaltado por la presencia del intruso.

—Perdón, se me olvidaba que estos viajes al pasado consumen mucha energía. Mírame ahora que vuelve la luz. ¿No me reconoces? Soy tu yo del futuro.

—¿Del futuro? ¿Es una broma o qué?

—Ojalá. ¿Cómo crees que hice para aparecer de golpe en tu piso? Mírame bien, soy tú. Los viajes en el tiempo serán descubiertos dentro de poco. Me consta que en 2050 serán posibles, tal vez ahora mismo ya lo sean, aunque tú no lo sepas... Debes creerme, yo soy lo que tú acabarás siendo en el futuro, por eso sé que estás por cometer el error de tu vida, un error que nos arrastrará a ambos por el fango.

—El parecido es enorme... ¿Así me veré dentro de cuántos años?, ¿veinte, veinticinco...?

—¡Qué golpe bajo! Estamos en 2047, ¿no es así?... Yo vengo del 57, solo tengo diez años más que tú. Aunque no te culpo, es verdad que estoy bastante machacado... ¿Comprendes lo que quiero decirte? Hice todo mal, mucha infelicidad, muchos excesos. De eso he venido a prevenirte... Lo primero que debes hacer para no convertirte en este desgraciado que ves es anular ahora mismo la boda.

—¿Cómo que anularla? Si de verdad eres yo sabrás que no puedo hacer eso... El día que salí del orfanato, me prometí a mí mismo que un hijo mío jamás crecería sin padre.

—Lo sé, pero esto no tiene nada que ver...

—Ah, ¿no? Si es verdad que eres yo, ¿no pasaste, acaso, hace diez años por lo mismo que estoy pasando yo ahora? Míriam está esperando un hijo mío y tengo que hacerme cargo. No puedo dejarlos solos y desamparados como hicieron conmigo.

—De eso nada. Ahora es justamente cuando debes separarte de ella. Los niños no han nacido todavía, estás a tiempo de rehacer...

—¿Cómo que *los* niños?

—Sí, serán mellizos. Un niño y una niña. Es cierto, aún no lo sabes. Te contaré cómo será toda tu vida a partir de este momento. Hoy es 19 de febrero del 47, ¿verdad?

—Verdad.

—Antes de que puedas llegar a darte cuenta, en marzo, Míriam se vendrá a vivir aquí contigo y pondréis fecha para la boda. Será dentro de tres meses, antes de que llegue el verano. Luego buscaréis un piso un poco más grande para cuando nazcan los niños y lo encontraréis. Sé que ahora no amas a Míriam, pero eso cambiará cuando se convierta en la madre de tus hijos. Te enamorarás perdidamente de ella por haber obrado semejante milagro. Los mellizos se convertirán en el centro de tu vida, en el foco que llegará para echar luz sobre todo lo que has sido y lo que serás, dotándolo de sentido por vez primera... Pero todo ese mundo de amor y felicidad durará muy poco. Se vendrá abajo en la Navidad del 49, cuando te enteres de que tu mujer te ha estado engañando desde el principio y que los mellizos, que en ese entonces ya tendrán dos años, no son verdaderamente hijos tuyos.

—¿Qué? —exclama Christian con incredulidad—. No puede ser, me estás mintiendo.

—Bueno, en realidad solo un poco. Lo de los niños vendrá después, ese día Míriam solo te dirá que ha tenido un amante mientras estabais de novios. Es decir, puede que en este mismo momento te la estén pegando, ya que aún no ha venido a vivir contigo y, según ella, cortó con él la noche anterior a mudarse aquí.

—Entonces, los niños que está esperando...

—Ella te jurará una y mil veces que es imposible, pero ni bien sepas lo del amante comenzarás a sospechar. Se lo

dirás. Le dirás que, si te ha mentado con lo uno, bien puede estar mintiéndote con lo otro. Al final ni ella misma alcanzará a creerse su historia. Ese será el fin de todo. Le exigirás un análisis de paternidad de los mellizos y el resto ya te lo puedes imaginar...

—¿Qué?, ¿se negará?

—Al contrario. Estará convencida de que tú eres el padre, así que aceptará, creyendo que de esa manera logrará salvar el matrimonio. Esa tarde, iréis juntos los cuatro al laboratorio donde os recogerán muestras de sangre. Pasarás días de angustia y desesperación esperando la respuesta. Al final, cuando llegue el día en que los resultados estén listos, Míriam irá a buscarlos sin decirte nada y será la última vez que la veas. Se esfumará de tu vida para siempre llevándose a los mellizos.

—Entonces, ¿nunca sabré si soy el verdadero padre?

—Míralo como quieras, si crees que la huida no es suficiente prueba, allá tú

—Tiene que haber otra explicación...

—Pues no te dará ninguna. Desde luego, a mí no me la dio. Y lo peor de todo es que ni siquiera tendrás la posibilidad de decidir qué es lo que quieres hacer. Será ella quien se lleve a los niños y adiós, muy buenas. Entonces te darás cuenta de lo mucho que amabas a esa mujer y de lo mucho que esos niños significaban para ti, pero ya nada podrás hacer al respecto. De un día para el otro te encontrarás más solo que un perro malo, con la única certeza de que tus días de felicidad se han esfumado para siempre. Más pronto que tarde te entregarás a la bebida, al juego y a cosas peores, en una espiral decadente de autoconmiseración que te hará perderlo todo. El trabajo, los amigos,

todo. Llegarás a estar a esto —hace un gesto de pequeñez con el pulgar y el índice— de acabar con tu vida... De hecho, si aún no me he matado fue porque me enteré de la posibilidad de viajar en el tiempo.

—Ese es otro tema que me intriga, ¿cómo fue?

—¿No lo adivinas? Fue por la tía Alberta. Cuando me vio tan mal se preocupó y me contó que, en su laboratorio, llevaban años trabajando en un prototipo de máquina del tiempo...

—La tía Alberta siempre estuvo un poco loca...

—Eso nadie lo discute, pero también es la genio de la familia. Me dijo que podía colarme entre los voluntarios. En ese momento estaban investigando la forma de traer de vuelta a los viajeros. No te aburriré con explicaciones técnicas sobre los principios por los que se rige la máquina. La cuestión es que, no bien supe del proyecto, lo primero que se me ocurrió fue regresar a este día para prevenirte. Estoy seguro de que, si te separas ahora de Míriam, nunca llegarás a amarla y la pérdida será fácil de superar. Entonces yo nunca me convertiría en este ser infeliz que soy ahora y tú tampoco. Además, sabiendo desde ya que los niños no son tuyos...

—En realidad eso no lo sabemos.

—¿En serio lo dudas?

—Hay una manera de comprobarlo. Si lo que dices es cierto...

—¡Por supuesto que es cierto! ¿Qué ganaría mintiéndote? Me estaría engañando a mí mismo.

—Si lo que me has contado es cierto, digo, en este momento ella aún sigue viéndose con su amante. Es decir que estamos a tiempo de pillarlos con las manos en la masa.

¿Sabes quién era él?, ¿qué pinta tenía?

—Nunca conocí su identidad. Ten en cuenta que yo me enteré de todo casi tres años después, entonces me fue imposible rastrearlo, pero olvídate de él. Ahora mismo, Míriam ya está embarazada. Los mellizos nacerán en septiembre, eso es irreversible. ¿Quieres hacer como si aquí no hubiera pasado nada hasta que a ella se le ocurra contártelo? Pues ya sabes cómo acaba eso, me tienes a mí para comprobarlo.

—Es que no sé cómo actuar, todo esto me supera. Estarás de acuerdo conmigo en que todo lo que me has estado contando no es fácil de digerir.

En ese momento, las luces del estudio se oscurecen nuevamente.

—Olvídate de lo que te ha estado contando —dice alguien a sus espaldas—. No le hagas caso, cástate con ella.

Ambos se dan vuelta sobresaltados.

—¿Y usted quién es? —pregunta el Christian más joven.

—¡Vaya sorpresa! ¿En serio no te das cuenta? —le dice el otro, mientras las luces recuperan su intensidad normal—. Míralo bien, es mayor que nosotros, pero sigue conservando los mismos rasgos... ¿Cuántos años tienes?

—Cuarenta y cuatro —responde el recién llegado y luego se dirige al más joven—. Tu otra versión tiene razón, Christian, permíteme presentarme. Soy tu yo del futuro y también soy un yo del futuro de él.

—Como si la situación no fuese ya bastante complicada. No me esperaba esto.

—Ni yo.

—Obviamente, yo sí me lo esperaba, por eso vine. Recuerdo perfectamente este día. He pasado ya dos veces

por él y lo recuerdo como si hubiese sido ayer...

—En realidad aún no ha sido ayer, es hoy.

—Para ti sí, pero no para mí. Vengo de veinte años en tu futuro y ya he vivido todo esto. Por eso sé lo que sucederá si le dices a Míriam que no vas a casarte con ella. Te odiará y te despreciará de por vida, no permitirá que te acerques a los mellizos y eso te convertirá en el hombre más desdichado de la Tierra. Lo sé porque lo he experimentado en carne propia. Y ni siquiera tendrás esos dos años y pico de matrimonio feliz antes de la catástrofe. Ya lo verás, si no te casas con ella, tu calvario comenzará la semana que viene, cuando te enteres de que los niños son realmente hijos tuyos.

—¿Qué dices?

—¿Perdón?...

—Es verdad, solo os pido que no os apresuréis. La primera vez que regresé a este 2047, cuando era tú —señala al primer viajero—, me quedé pensando en lo que habíamos estado hablando acerca del amante de Míriam. Cuando nuestro yo más joven, aquí presente, se armó de valor para decirle que todo había terminado, yo permanecí oculto y la seguí como en las pelis, a ver a dónde iba. Fue rápido a buscar consuelo en los brazos de su amante. Se veían a diez minutos de aquí, en el vestíbulo de un hotel. Lo que descubrí fue mucho más increíble que cualquier cosa que pudiésemos haber imaginado. Míriam era bisexual. Es decir que, actualmente, lo sigue siendo y su misteriosa amante es una mujer.

—¿Cómo?

—Como lo oís. Las vi desde afuera, pero las muestras de cariño que se prodigaron no dejaban lugar a dudas. En me-

nos de diez minutos ya estaban subiendo a una habitación.

—No lo puedo creer.

—Son tantas las cosas increíbles en toda esta historia...

—Pero si andaba con una tía, eso quiere decir que los mellizos...

—Los mellizos solo pueden ser hijos tuyos, o sea, nuestros. Esa tarde, cuando lo supe, vine aquí corriendo a contártelo. Es decir, él, que era yo, vendrá a contártelo a ti para que intentes arreglar el desastre.

—¿Y?

—Irás a ver a Míriam, le suplicarás que te perdone, te pondrás de rodillas, llorarás, te humillarás, pero todo será inútil. Ella estará despechada y herida en su amor propio. No solo no se casará contigo, sino que se borrará del mapa igualmente, esta vez mucho antes de que los niños nazcan. Así que, en esta versión de la historia, ni siquiera llegarás a conocer a tus hijos.

—Joder...

—¿Nunca?

—Nunca. Ella desaparecerá con ellos y no podrás seguirles el rastro por más que lo intentes. Será como si la tierra se los hubiese tragado. Créeme, si la dejas ahora, jamás lograrás superarlo. Cada día durante el resto de tu perra vida te preguntarás qué habrá sido de tus hijos y cómo has podido ser tan gilipollas...

—Pero entonces —interviene el primer viajero—, en mi línea temporal, ¿por qué ella se fugó con los niños al conocer el resultado de los análisis de ADN? Si el verdadero padre era yo...

—No sé por qué hizo lo que hizo —responde el mayor, mirando a los otros dos—. Nunca tuve la oportunidad de

preguntárselo, ni tú tampoco y tú tampoco la tendrás. Lo único que sé es que no debes interrumpir la boda, cástate con ella como si nada hubiese pasado. Y dentro de dos años, cuando te enteres de la existencia del amante, cómporate como si fueses el hombre más tolerante y comprensivo que ha visto la luz del sol. De lo contrario serás un desgraciado, abandonado por su propia familia, y pasarás el resto de tu vida lamentando el haber sido tan egoísta.

—Ya no sé qué es lo que debo hacer.

—Sí que lo sabes. No hagas nada, con eso alcanza.

—Es que todo es muy confuso. Primero vienes tú y me dices que debo interrumpir la boda porque los hijos que Míriam espera son de otro. Todavía no logro hacerme a la idea cuando apareces tú y me cuentas que en realidad la amante era una tía, así que tengo que casarme y dejar las cosas como están si no quiero perder a mis hijos para siempre. Convendréis conmigo en que es demasiada información, necesito procesarla.

—Lo que necesitas es asumirla, no hay dudas sobre lo que debes hacer. Cástate con ella y dentro de dos años cómporate como un caballero si no quieres perderla. Esos niños son tus hijos y es lo único que importa, ¿o quieres que crezcan como tú?

—Hazle caso, él tiene razón. Viene de un tiempo posterior al mío y, por lo tanto, sabe más de lo que yo sabía cuando llegué aquí para advertirte. Haz feliz a Míriam ahora y ella te hará feliz a ti, a todos nosotros, en el futuro.

La habitación vuelve a quedar a oscuras.

—No los escuches, Christian —dice otra voz—. Ambos están equivocados. —Regresa la luz, revelando a una señora mayor envuelta en una capa de gamuza verde y con un

pañuelo a modo de bandana—. No deberías casarte con Míriam. Y si lo haces, debes autoconvencerte de que estos dos no te han visitado nunca y exigirle el certificado de paternidad de los mellizos. La historia no puede ser alterada. Tal vez ella te abandone, como la primera vez, pero ese es el mal menor. Si no haces lo que te digo, tus hijos no sobrevivirán. Estoy hablando muy en serio, puede que ninguno de nosotros sobreviva.

—Pero ¿quién es usted?

—¡La reconozco! —exclama el segundo viajero—. Esta señora es la mujer que estaba con Míriam, isu amante! Es verdad que la vi desde lejos, pero no olvidaría esa cara ni en veinte vidas.

—Gracias por lo de «señora» —sonríe—. Debería felicitar a mi cirujano plástico, me ha quitado muchos años de la cara en el último *lifting*. ha hecho un buen trabajo. Es verdad que fui amante de Míriam, pero me viste hace diez años y el tiempo pasa para todos... Entonces puede que te haya parecido una chica, pero ahora me tienes más cerca no entiendo cómo puedo seguir dando el pego...

El Christian de mayor edad mira a la mujer con más detenimiento. Antes le había parecido bastante fea, aunque por respeto no dijo nada. Deteniéndose en las manos, los brazos, el cuello, se da cuenta de la verdad.

—¡Ostras!, ¿cómo habré hecho para no notarlo?, eres un... un...

—Se dice transexual, aunque en otras épocas se nos conoció con diferentes nombres. No hace falta que busques eufemismos, no tengo complejos en ese sentido...

—Un momento —interrumpe el Christian más joven—. ¿Me estáis queriendo decir que el amante de mi futura

esposa es, en realidad, un hombre? O sea que es probable...

—... Es probable —completa el primer viajero— que yo haya estado en lo cierto desde el primer momento. Los mellizos no son mis hijos, no son nuestros.

—No vine para discutir eso —dice la «señora».

—Claro, para ti es fácil, como no se trata de tu futuro...

—Puede que se trate del futuro de todos, pero en realidad yo tampoco sé quién de nosotros será el padre de los niños. Eso solo lo sabrá Míriam cuando vaya a recoger los análisis de ADN, por eso la historia debe repetirse.

—Ah, ¿sí? Pero entonces desaparecerá de mi vida y nunca volveremos a saber de ella...

—¿Y si te dijera que yo sé a dónde irá tu mujer cuando te abandone?

—¿Qué?

—No es este el primer viaje que hago, he logrado seguir sus pasos. Lo primero que hará será mudarse a una ciudad a treinta kilómetros de aquí. Os diré cuál cuando hayáis escuchado toda la historia. Pasará allí más o menos un año, hasta que los mellizos cumplan tres. Entonces se enterará de los experimentos sobre viajes en el tiempo que está haciendo tu tía Alberta en el laboratorio. He hablado con Alberta poco antes de que muriese. No me quiso dar detalles, pero de alguna forma la convenció de que la usara como sujeto de pruebas. El divorcio también fue muy duro para ella y viajar a otra época le daría la posibilidad de comenzar una nueva vida.

—¡La tía Alberta! Siempre estuvo muy unida a Míriam.

—Lo cual quiere decir que...

—Exacto. Míriam y los mellizos estuvieron entre los primeros seres humanos que fueron enviados al pasado,

mucho antes que cualquiera de nosotros, cuando aún no se conocía la forma de regresar. Total, ella no tenía intenciones de regresar a su época.

—A ver, si los niños tenían tres años, eso debe haber sido...

—En 2050. Y los envié a 2025. Al enterarme, le supliqué que me enviase a mí también a ese año. Le conté toda la historia que había vivido con Míriam y que quería volver a encontrarme con ella, acompañarla en su suerte. Lo cierto es que nunca había podido olvidarla. Un poco por compasión y otro poco porque la pobre vieja ya estaba algo senil, accedió a enviarme junto a Míriam. Así fue como realicé mi primer viaje. A 2025. Y me encontré contigo en tu más tierna infancia...

—¿Conmigo? —se sobresalta el joven Christian—. ¿Cómo lo sabes?

—Sí, contigo. ¿Qué día naciste?

—El 7 de mayo de 2022.

—Eso no es del todo cierto, pero sí es cierto que tenías tres años en 2025, es decir, tu más tierna infancia. Yo te vi y hasta te cambié los pañales.

—¿Estás diciendo que has conocido a mis verdaderos padres?...

—¡Oh! Perdón. Veo que estos dos han olvidado contarte un pequeño detalle. Los nombres que les pondréis a los mellizos... ¿Quieres decírselos tú?

—Míriam es un poco tradicional para estas cosas —explica el primero de los viajeros—, eso ya lo sabes. Insistió en que los niños debían llevar el mismo nombre de...

Interrumpe la frase y mira atónito al travesti.

—El nombre de los padres. Eso es lo que ha querido

decir tu yo treintañero. A la niña la llamasteis Míriam y al niño, Christian. Tu esposa murió de una extraña enfermedad al poco tiempo de llegar a 2025. Yo me encargué personalmente de rellenar los formularios para que ambos niños, que no contaban con documentación en aquella época, quedaran al cuidado del Estado hasta que se les consiguiera un hogar sustituto. Muchos datos me los fui inventando sobre la marcha, como la fecha de nacimiento. Lamentablemente, por algún error, los hermanos fueron separados y enviados a diferentes orfanatos. El resto de la historia creo que ya lo sabes.

Christian mira estupefacto a sus otras dos versiones, cuyo desconcierto no es menor. Hacen falta los tres para articular la respuesta:

—2025 es el año en que quedé huérfano...

—A los 3 años, sí. Y Míriam tampoco llegó a conocer nunca a sus padres...

—Ni siquiera sospechaba hasta ahora de que hubiese tenido una hermana...

—Por eso escapó Míriam al ver el resultado de los análisis de ADN. Se dio cuenta de todo...

—Los mellizos somos nosotros, ella y yo...

—Peores cosas se han visto. Si he venido hasta aquí no es para deciros que habéis cometido incesto. Vosotros no sois responsables, no lo sabíais. De haber sido posible, os hubiese mantenido en la ignorancia, pero quería que dejarais de pensar en lo que creáis vuestra desdicha. Tú —señala al más joven—, olvida lo que te contaron los otros dos. La historia debe volver a repetirse como la primera vez. Quién sabe cuántas veces se ha repetido ya. Debes casarte con Míriam, no tienes otra opción, y exigirle una

prueba de paternidad cuando nazcan los niños. Así, ella conocerá la verdad y acabará viajando con sus hijos al pasado como ha hecho siempre. Si no lo hace, tu hermana y tú no podréis volver a encontraros veinte años después y no engendraréis a vuestros hijos. Por lo tanto, no solo no naceréis, sino que nunca habréis existido.

—Joder. Entonces los mellizos son realmente hijos míos, no tuyos.

—¿En serio crees que hay alguna diferencia? ¿Has escuchado lo que acabo de decirte? Tu futura mujer es también tu hermana, tu madre y tu hija. Y debe continuar siendo así eternamente si no quieres dejar de existir.

—¿Y tú por qué me lo estás contando?, ¿qué interés tienes en todo esto?

—Desde luego, parece que tendré que hacer un dibujo para que te des cuenta. A mí también me estás poniendo en peligro. Por eso me travestí y viajé por primera vez a este mismo año para conocer a Míriam. Porque estaba escrito que así debía ser y yo lo había visto. Si no, ella no hubiese dudado de tu paternidad, no os separaríais en 2050 y los niños no hubiesen regresado a su origen en 2025. Christian, yo soy la amante de tu mujer, pero también seré su hermano y fui su hijo. Además, soy hijo tuyo y soy tu padre porque, ante todo, soy tu yo del futuro.

DESCUBRA...

LAS ALOCADAS AVENTURAS DEL PILOTO JIM

CONOZCA A JIM, EL PILOTO MÁS
INERTO DE LA FLOTA ESTELAR, en
estas dos antologías: *LOS VIAJES
DE JIM* (Ed. Apache Libros)
y *CONSIGUE UN TUP, VIAJARÁS*
(Editorial Titanium); ambas de
lectura independiente.



LOS VIAJES DE JIM

170 páginas, 15x23
cm, rústica; Ed.
Apache Libros.
PVP: 14 €

CONSIGUE UN TUP, VIAJARÁS

304 páginas, 15x21
cm, tapa blanda
con solapas, Ed.
Titanium.
PVP: 12 €



Ciencia ficción ligera con toques de
humor y *space-opera* en formato breve.

Disponibles en AMAZON, SMASHWORDS y en
librerías. También, escriba a

TONYJIMJR@YAHOO.ES

y solicite instrucciones.

CONSIGA LAS OBRAS DE

TONY JIM

VISITE TONYJIM.COM



¡Lea y colecciona las
desopilantes
aventuras espaciales
del Piloto Jim!

- 1- **Relatos del piloto Jim**
- 2- **Jim, héroe galáctico**
- 3- **Más Jim de lo que creéis**
- 4- **Salto y asalto del piloto Jim**
- 5- **Incordié al piloto Jim**
- 6- **Los viajes de Jim**
- 7- **Consigue un TUP, viajarás**
- 8- **Arrepiéntete piloto Jim, dijo el señor L'Ok**
- 9- **El piloto... ¡De otro mundo!**
- 10- **Los tres estigmas del piloto Jim**

Visite la página de
su autor, Tony Jim

tonyjim.com



Barcelona, 1983

«Se hacen trabajos de toda índole. Parecen accidentes».



lea

BODAS DE PLOMO

de Iván Guevara

Una historia donde pierden
los malos y ganan los
delincuentes... comunes.





Al despertar de un sueño de 20.000 años, descubre que el resto de la tripulación de la Homaro IV ha fallecido, pero ¿están realmente muertos en sus cápsulas de criogenización?

Algo que no es humano parece moverse dentro de la nave...



UNA NOCHE DE VEINTE MIL AÑOS

...un bolsilibro de
Iván Guevara a

ilustrado por
Txiki González



pandorum.cf@gmail.com



Usted debe **CONVENCERSE**

Tenemos gran interés en convertirle en uno de los millones de consumados seguidores de este género literario considerado como el más ameno y solicitado en todo el MUNDO MODERNO.

EXACTO!
acertó usted
Nos referimos a la Colección **PANDORUM**

Actualmente la ciencia empieza a tornar la fantasía en realidad y ya nada resulta descabellado. Tal vez en un futuro próximo los hombres se hallen ante un mundo aún más sorprendente a causa de no haber pensado en ello.

Protéjase del **FUTURO**
con
PANDORUM

En este número, les presentamos relatos de

Blanca Mart - Julián Sánchez Caramazana

Claudio Díaz - José Antonio Sánchez

Ismael Rodríguez Laguna - Aldana Vargas

Tony Jim - Mario Martínez Arrabal

Juan Carlos Fernández - Iván Guevara